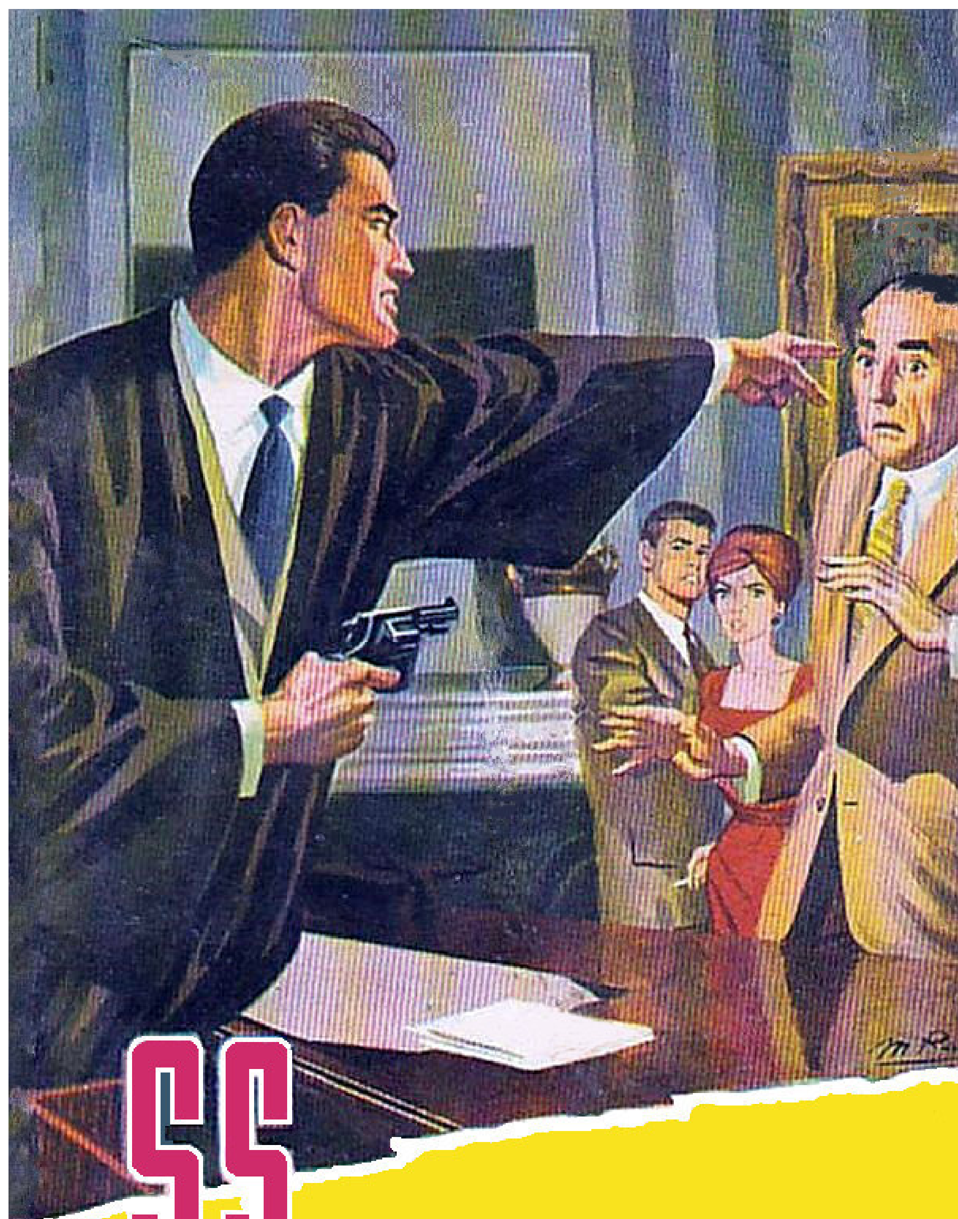


SS

SERVICO SECRETO

Clark Carrados

YO, EL JUEZ

El alguacil dijo:

—Acusada, póngase en pie.

La acusada obedeció.

—La acusada mirará al jurado. El jurado mirará a la acusada.

Doce rostros se volvieron hacia la acusada. El rostro de ésta se enfrentó con los de sus juzgadores.

Entonces, yo dije:

—Señor presidente del jurado, ¿han llegado ya ustedes a un acuerdo acerca de la culpabilidad o inocencia de la acusada?

—Sí, Señoría —contestó el requerido.

—Y ¿cuál es el veredicto?



Clark Carrados

Yo, el juez

Bolsilibros - Servicio Secreto - 597

ePub r1.0
LDS 22.09.17

Título original: *Yo, el juez*
Clark Carrados, 1962
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





Clark Carrados

YO, EL JUEZ

1ª. EDICIÓN

ENERO - 1962

EDITORIAL  BRUGUERA

Proyecto, 2-T. 284453 BARCELONA (6)

YO, EL JUEZ

POR

CLARK CARRADOS



CAPÍTULO PRIMERO

El alguacil dijo:

—Acusada, póngase en pie.

La acusada obedeció.

—La acusada mirará al jurado. El jurado mirará a la acusada.

Doce rostros se volvieron hacia la acusada. El rostro de ésta se enfrentó con los de sus juzgadores.

Entonces, yo dije:

—Señor presidente del jurado, ¿han llegado ya ustedes a un acuerdo acerca de la culpabilidad o inocencia de la acusada?

—Sí, Señoría —contestó el requerido.

—Y ¿cuál es el veredicto?

El presidente del jurado tardó apenas un segundo en contestar. Su voz quería ser firme, pero temblaba. Su cuerpo se mantenía inmóvil, pero todo él estaba cubierto de una fina película de transpiración. Aquel segundo que se demoró la respuesta pareció un siglo a todos cuantos nos hallábamos en la sala de justicia.

—Culpable, Señoría.

Se oyó un leve murmullo. El rostro de la acusada adquirió una blancura grisácea.

—La acusada mirará al juez —dijo el alguacil, impasible.

Ella volvió el rostro hacia mí. Sus ojos me miraros doloridos, pero sin pena, lastimosos, pero sin lágrimas. Era morena y alta, pero con el dolor reflejado en sus facciones y las ropas severas de luto que vestía, parecía una niñita patéticamente indefensa frente al gigante y a sus dragones.

—Acusada —dije—, ¿tiene algo que manifestar antes de que dicte sentencia?

—No, Señoría —contesto con voz baja, pero clara.

Vacilé unos segundos. En mis manos estaba la vida de aquella mujer. Y yo iba a poner en marcha la maquinaria destinada a segar el hilo de aquella vida.

—Lelia Rhantyne —dije—, el jurado os ha encontrado convicta de haber dado muerte con premeditación, a tiros de pistola, en la tarde del día veintidós de maya de mil novecientos sesenta y uno, al llamado Meddy Mac Ball. Por tanto, yo, usando de las facultades que me han sido conferidas por los ciudadanos de Clancy Point y las Constituciones de los Estados Unidos y del Estado de California, emito la sentencia que será la siguiente: Seréis trasladada a la cárcel de mujeres de Corona, donde se os entregará al alcaide de la misma, quien os mantendrá bajo custodia hasta que se cumpla la pena de muerte según las disposiciones legales, por inhalación de gas letal, en un plazo no mayor de tres semanas. —Pegué dos veces con el mallete sobre la mesa y concluí—: ¡Caso terminado!

El ayudante del *sheriff* y una matrona de la policía se acercaron a la condenada, mientras relampagueaban los *flashes* de los fotógrafos y el murmullo de los espectadores crecía hasta alcanzar las proporciones de un tumulto callejero, aunque sin alteración del orden.

Lelia Rhantyne me miró con dolor, pero sin pena. Luego, se dejó llevar por sus custodios, desapareciendo de mi vista y de mi vida.

¿De mi vida?

¿Iba a consentir que desapareciera de mi vida la mujer con quien había estado a punto de casarme y a la cual amaba más que a cualquiera otra cosa en este mundo?

CAPÍTULO II

¡LELIA RHANTYNE DECLARADA CULPABLE!

¡EL JUEZ CAMPSHELL CONDENA A MUERTE A SU EX PROMETIDA!

¡LA ASESINA DE MEDDY MAC BALL MORIRA EN LA CAMARA DE GAS!

¡EL JURADO DICTO VEREDICTO DE CULPABILIDAD EN EL CASO MAC BALL!

¡HEROICO COMPORTAMIENTO DEL JUEZ CAMPSHELL!

Éstos eran los principales titulares de los dos periódicos de Clancy Point, el *Sentinel* y el *Citizen*. Por cuestiones de política, el *Sentinel* iba a mi favor, en tanto que el *Citizen* actuaba en contra mía.

El *Sentinel* me comparaba con Cincinattus, como Junio Bruto, con Mucio Scévola, con uno de los héroes romanos de la antigüedad, que había cumplido con mi deber por encima de cualquiera otra consideración. El *Citizen* decía que si había condenado a muerte a Lelia había sido porque no había tenido otro remedio y que, en medio de todo, mi decisión había sido la única que podía adoptar, dadas las pruebas aportadas por la policía y los testigos.

El *Sentinel* decía que esperaba que la apelación tuviese éxito. El *Citizen* decía que esperaba que el gobernador del Estado confirmara mi sentencia. El *Sentinel* decía que era preciso buscar al verdadero asesino, es decir, a la persona que había puesto la pistola en manos de Lelia. El *Citizen* decía, comparando a Lelia con Jezabel, que era una mujer que debía desaparecer cuanto antes de la faz de la tierra.

Como se puede apreciar, los pareceres eran distintos. Pero la sentencia era sólo una: Lelia debía morir gaseada.

Con los dos periódicos en la mano, entré en el despacho de *Pack* Wallis, el *sheriff* y jefe de policía de Clancy Point. Junto a Wallis, estaba Huck Stacher, un tipo cuadrado y robusto, de ojos de hielo y pelo de acero, con galones de sargento en las mangas del uniforme.

Wallis se puso en pie al verme entrar. Cerró los ojos a medias, haciendo que se acentuasen las arruguitas de las comisuras. Mascaba un palillo continuamente y lo cambió de lado en el momento en que, un tanto turbado, me estrechaba la mano.

—Siéntese, juez —me dijo. Miró al sargento—. Déjenos solos, Huck.

—No —corté—. Es lo mismo. Stracher puede oír perfectamente lo que tengo que decirle, jefe.

Wallis me miró con curiosidad. Luego, sus pupilas se posaron en los periódicos que tenía aún en las manos.

—Ya veo que los ha leído, juez —dijo entre dientes.

—Sí. Hay opiniones para todos los gustos.

—¿Por qué no dejó el caso, juez? —preguntó Wallis—. Podía haberse excusado fácilmente. Todo el mundo conocía la historia. Nadie se lo hubiera reprochado, ni aun esos repugnantes gusanos del *Citizen*.

Me senté en una silla frente al jefe de policía.

—Creí que, conduciendo el juicio yo mismo, podría hallar algún elemento que me permitiese la duda y, por tanto, la absolución. Si hubiera renunciado, el juez Templeton no hubiese hecho el menor esfuerzo por salvar a Lelia.

—Usted tampoco pudo lograr nada, juez —dijo Wallis. Stracher me miraba con rostro pétreo, inescrutable.

Suspiré:

—Lo sé —dije—. Por eso he venido a verle, jefe. —Saqué un sobre del bolsillo y se lo entregué—. Hágame el favor de entregárselo al alcalde.

—¿Qué es esto? —preguntó Wallis con curiosidad, sopesando el sobre especulativamente.

Antes de que pudiera contestarle, entró Red Tolliver en el despacho. Entró como si fuera su propia casa, con un chupado cigarrillo pendiéndole de los labios y el sombrero en la nuca. El habitual color amarillento de su rostro, debido, sin duda, al mal funcionamiento de su hígado, parecía más acentuado que nunca y

sus pómulos daban la sensación de ir a rasgarle la piel de las mejillas en cualquier momento.

—Hola, jefe —saludó gárrulamente. Parpadeó al verme—. ¿Qué tal, juez? Tú, Stracher… ¿Alguna nueva noticia para mí? —preguntó con aire fanfarrón.

Miré a Tolliver durante unos segundos. El me correspondió, enseñándome unos dientes caballunos.

—Me descubro ante usted, juez —manifestó—. Nunca creí que llegara a condenar a la señorita Rhantyne.

—Si hizo alguna apuesta, la perdió —dije fríamente—. Vino en busca de noticias, ¿no es así, Tolliver?

—Cierto, juez.

—El director del *Citizen* se alegrará de que le lleve usted las primicias de esta que voy a darle: Acabo de dimitir, Tolliver.

—¡Qué! —bramó el jefe de policía.

El impasible rostro de Stracher se animó ligeramente. Tolliver entrecerró los párpados, mirándome con desconfianza.

—¿No se trata de una tomadura de pelo, juez? —Gruñó.

Señalé, el sobre que Wallis tenía en las manos, aún sin abrir.

—No hay broma de ninguna clase. Ahí dentro está la carta que dirijo al alcalde de Clancy Point comunicándole mi decisión de manera irrevocable. Ande, vaya y busque un teléfono. Su director no le perdonaría que el *Sentinel* le ganase por la mano en la noticia.

Tolliver me miró aún durante un segundo. Luego, escupiendo el cigarrillo, dio media vuelta y salió como un meteoro de la estancia.

Wallis se puso en pie. Pegó un puñetazo en la mesa.

—Eso que está haciendo es una locura, juez. Compromete usted su carrera. La arruina cuando más prometedora se presenta. Yo no puedo consentir que…

—Usted consentirá eso y más cosas todavía —dije fríamente—. He cumplido con mi deber, condenando a Lelia a muerte. Ésa era mi obligación de juez. Ahora, voy a cumplir con mi obligación de futuro esposo de la señorita Rhantyne, porque pienso demostrar que es inocente y casarme y tener seis hijos con ella cuando menos.

—¡Absurdo, juez! Lelia misma declaró que, efectivamente, disparó contra Meddy Mac Ball. El forense declaró que la muerte se produjo a consecuencia de hemorragia interna producida por la introducción violenta de dos proyectiles de calibre 32. Lelia admitió

haber comprado el arma con la intención de matar a Mac Ball. ¡Diablos, juez! ¿Cómo quiere usted demostrar que la chica…, perdón, la señorita Rhantyne, es inocente?

—Eso es cosa mía, jefe —respondí, impasible—. Lo tengo que demostrar yo, no usted.

—¿Y cómo? ¿Dimitiendo?

—Exactamente.

—¿Y luego?

—Soy un ciudadano de antecedentes intachables —manifesté—. Oficialmente, solicito una licencia de detective privado y un permiso para llevar armas. Eso es todo lo que tengo que pedirle a usted. El resto es cosa mía.

Wallis abrió la boca estúpidamente. No creía en lo que acababa de escuchar.

Stracher salió de su inmovilidad, y encendió un cigarrillo. Le quité el paquete y encendí otro.

—Bien —dije impaciente—, ¿qué es lo que me contesta, jefe?

—¿Está seguro de lo que hace, juez?

—Me llamo —dije suavemente—. Hal Campshell. Ya no soy juez, recuérdelo. —Y le señalé el sobre que tenía en las manos.

Wallis quiso decir algo. Abrió y cerró la boca nerviosamente y luego volvió la vista a Stracher, como si quisiera pedirle consejo. El sargento se limitó a seguir fumando impasiblemente.

—¡Está bien! —explotó al cabo—. Le daré lo que quiera, juez…, digo, señor Campshell y ahórquese a su gusto.

—Muchas gracias —murmuré con finura—. ¿Cuándo puedo volver por la licencia y el permiso?

—A las cinco de esta tarde tendrá todo listo, si me envía cuatro fotografías con un mensajero.

—Así lo haré —murmuré, saliendo del despacho en el acto.

CAPÍTULO III

Ahora era preciso trazarse un plan de combate. Este plan incluía, lo primero de todo, interrogar nuevamente a los testigos del crimen. El interrogatorio lo haría yo, a mi manera, buscando puntos débiles quizá no apreciados por la policía, inquiriendo posibles detalles omitidos, hurgando en lo más recóndito de las conciencias, removiendo gestos y acciones pasados por alto. Sólo podría conseguirlo actuando particularmente, de una forma privada; y el mejor medio para lograrlo era hacer lo que había hecho.

Porque amaba a Lelia y sabía que, a pesar de todo, era inocente. Aunque hubiese admitido haber disparado contra Mac Ball. Aunque, según las informaciones del forense, sus balas hubieran sido las que acabaron con la vida de Mac Ball. Lelia era inocente y podía y debía salvarla.

¿Cómo?

Esto era ya más difícil. No sólo porque todo parecía concluyentemente probado, sino porque el tiempo corría rápidamente. Antes de tres semanas debería probar la inocencia de Lelia o de lo contrario, la gasearían.

Mis esfuerzos durante el juicio habían resultado inútiles. El fiscal Sol Kapitza había ganado, derrotando en toda la línea al defensor de mi prometida. Y Lelia había sido condenada a muerte por el juez Campshell.

Yo, El juez. El juez íntegro, incorruptible, que no había vacilado en enviar al cadalso a su futura esposa.

Pero ahora ya no era juez, sino un simple ciudadano. Ahora volvía a llamarme sencillamente Harold (Hal) Campshell. Y arrancaría a Lelia de las garras del verdugo.

Cerré los ojos un momento. Volví a ver a Lelia mirándome

patéticamente en tanto mis labios, mi lengua y mi garganta, emitían las palabras fatídicas.

—*… hasta que se cumpla la pena de muerte… por inhalación de gas letal…*

Bebí el contenido del vaso de un solo trago. Volví a llenarlo. Encendí un cigarrillo.

Lista de testigos.

Primero, Fredo Galaván, el criado filipino de Mac Ball.

Galaván había recibido a Lelia. Prácticamente, había visto cómo Lelia disparaba contra Mac Ball. Su declaración había sido básica en el juicio y la que la había enviado a la cámara de gas.

Fredo Galaván. Éste era mi primer objetivo.

Cuando tuviese en mi poder la licencia para actuar como detective y el permiso para usar armas. Antes no.

Volví a beber. Tengo una memoria excepcional. Había leído el sumario una y otra vez, ansiando hallar un punto débil que pudiera favorecer a Lelia, sin poder hallarlo. Kapitza, el fiscal, era un tipo habilísimo y había conducido el caso con singular maestría, dejando a la defensa prácticamente inerme. Y yo había tenido que condenar a Lelia.

Declaración de Fredo Galaván:

> *«… más o menos las cinco y cuarto de la tarde. La señorita Rhantyne llegó y salí a recibirla. Preguntó por el señor Mac Ball. La hice pasar al vestíbulo y la rogué esperara unos momentos… Sí, parecía muy agitada y nerviosa. No, nunca la había visto allí antes de aquel momento… ¿Cómo? No, su nombre lo he sabido después, no la conocía en absoluto… Avisé al señor Mac Ball de que tenía una visita. El señor Mac Ball estaba hablando por teléfono. Tuve que esperar un momento para decírselo… Sí, le dije que se trataba de una mujer. Joven, bella, elegante y distinguida… Se arregló un poco la corbata y salió. Yo me fui a la cocina a preparar un par de bebidas. Estaba seguro de que el señor Mac Ball me las pediría poco después… ¿Por qué estaba seguro? Pues (el*

testigo se turbó y vaciló al llegar aquí)… porque ya había ocurrido otras veces. Oh, no, no, con la señorita Rhantyne, no… Rotundamente, no, señor; digo y sostengo que era la primera vez que entraba en casa del señor Mac Ball… ¿Qué cuánto tiempo llevaba a su servicio? Oh, pues casi dos años… Si la señorita Rhantyne estuvo antes no puedo saberlo. Mi amo, el señor Mac Ball, era muy reservado en sus cosas… ¿Que si discutieron? No estoy seguro. Creo que oí voces, pero no presté mucha atención. La cocina está algo lejos del vestíbulo… Sí, dos disparos. Dos, eso es. Naturalmente, me alarmé y salí corriendo… El señor Mac Ball yacía en el suelo, con el pecho manchado de sangre. No, apenas se movía… Un poco el pie derecho… ¿Ella? Estaba como hipnotizada, mirando al cadáver. Sí, tenía el revólver en la mano. Aún humeaba… Yo me asusté muchísimo. Claro, en una circunstancia semejante, cualquiera sabe. Pero ella lo dejó caer enseguida. Fuese hacia un sillón y se sentó como aturdida por lo que acababa de hacer. Entonces corrí al teléfono y llamé a la policía…».

Y esto había ocurrido menos de veinticuatro horas antes de que se efectuara nuestra boda. Lelia había matado a Mac Ball a las cinco y cuarto de la tarde, y al día siguiente, a las doce del mediodía, debíamos acudir a la iglesia para casarnos.

Cerré los ojos de nuevo. Repasé una y otra vez la declaración de Galaván. Cada vez que lo hacía, veía el documento ante mí. Una y otra vez busqué algún fallo en aquella declaración. Parecía inatacable, indestructible. ¿Lo era, en verdad?

Terminé de fumar el cigarrillo y acabé la bebida. Luego me puse en pie. Eran ya las cuatro de la tarde. Hora de ir a buscar las licencias a la Jefatura de policía.

Salí a la calle. No había dado una docena de pasos cuando me encontré con Wedness Denkins.

Denkins era un tipo alto, hercúleo, de unos cuarenta y tantos años, fuerte como un roble y con unas manos capaces de doblar en

dos una herradura, con toda facilidad. Aficionado a la buena vida, ello no le impedía ser miembro prominente de la Liga Cívica de Buenas Costumbres, de la Sociedad Contra la Delincuencia Precoz, de la Unión para la Lucha Contra las Drogas y varias asociaciones más por el estilo. Poseía un magnífico negocio de bienes raíces y se rumoreaba que postularía para la elección del próximo alcalde de Clancy Point.

—¡Juez Campshell! —exclamó al verme, tronando con un vozarrón que hizo volver la cabeza a todos cuantos transitaban en aquellos momentos por la acera—. ¿Qué insensatez es esa que acaban de comunicarme?

—¿Se refiere usted a mi dimisión?

—Exactamente. Campshell, ¿sabe usted lo que se está haciendo?

—Es claro. Soy ya mayor de edad, Denkins —dije un tanto secamente.

—Pues parece como si se portara como un chiquillo. ¿Qué es eso de abandonar una prometedora carrera en lo mejor de su curso? ¿Por qué abandonar su sitial de juez que puede conducirle un día a la gobernaduría del Estado o quizá aún más alto? ¿Qué le ha inducido a cometer tamaña locura, Campshell?

—Perdone —dije—, pero estimo que éste no es el lugar más adecuado para tratar ciertas cosas, Denkins.

—Tiene razón —masculló entre dientes. Su manaza se posó sobre mi brazo, empujándome hacia un bar cercano, en donde nos sentamos a ambos lados de una mesa situada en lugar discreto.

Encargó dos bebidas. Cuando el camarero nos hubo servido, sus ojos me miraron centelleantes.

—Y ahora, juez, explíquese de una vez.

—Quiero sacar a Lelia de la cámara de gas antes de que entre en ella —dije.

—Ha cometido usted un acto heroico, juez —elogió Denkins—. Pocos habrían sido los que se hubieran portado como usted. Resulta muy duro condenar a muerte a la mujer a quien se ama. De mí, francamente, puedo decirle que no lo hubiera hecho. La habría declarado inocente contra el parecer del jurado y de todo el mundo, aunque luego ello me hubiese costado un buen disgusto. Pero la chica habría salido absuelta del Palacio de Justicia.

—No podía hacerlo, Denkins, compréndalo.

—Lo sé, lo sé —suspiró—. Y no crea que su nombre no anda en lenguas en la ciudad. Todos los comentarios que he oído son altamente elogiosos para usted. Eso le servirá de mucho en su carrera.

—No quiero carrera sin Lelia, Denkins. Por eso he dimitido.

—¿Y piensa hacer investigaciones acerca del asesinato? Pero ¡hombre de Dios, si ella misma admitió haberlo matado con un arma comprada exprofeso para cometer el crimen! ¿De dónde quiere usted sacar elementos para conseguir una revisión primero y una absolución luego?

—No lo sé todavía, Denkins —contesté—. Lo único que sé, digamos más bien que es intuición, es que existe o debe existir algún punto débil que ni el fiscal ni la policía supieron hallar y en el cual habré de basarme para conseguir la libertad de Lelia.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—Apenas si he tenido tiempo de forjarme un plan, Denkins. Naturalmente, una de las cosas que primero he de hacer es, valga la palabra, reinterrogar a los testigos. Después…

Dejé flotar la incógnita en el aire. Denkins se portó caballerosamente y no trató de sonsacarme más. Comprendía mi estado de ánimo.

—De acuerdo, juez —dijo—. Puesto que tal es su decisión, es preciso respetarla. Admiro sinceramente a los hombres que saben adoptar una decisión y mantenerla hasta el final. Y, otra cosa, si necesitase ayuda monetaria, no vacile en recurrir a mí con toda libertad. ¡Qué diablos! Si usted cree en la inocencia de Lelia, ¿por qué no voy a creer yo también, Campshell?

Pero esto era más fácil de decir que de hacer.

Una hora más tarde, tenía ya en mi poder la licencia y el permiso de portación de armas. Con ambas cosas en las manos, fui a una armería, donde adquirí un «Colt 38» de cañón corto y un arnés para funda auxiliar. También compré una caja de cartuchos, con todo lo cual encima me lancé por el sendero de la guerra.

Di mis primeros pasos por dicho sendero en dirección al número 723 de Northwest Trail Street, donde había residido Meddy Mac Ball hasta el momento de su muerte. Me encaminé allí en un taxi, aboné el importe de la carrera y crucé la acera, adentrándome en el edificio.

El ascensor me condujo hasta el piso octavo. Salí al corredor y busqué el apartamiento 9 C. Toqué el timbre.

Hasta que se ejecutaran las disposiciones testamentarias suplementarias, Fredo Galaván residía en el que había sido apartamiento de Mac Ball. Por eso me había dirigido a aquel lugar, seguro de encontrarle.

Toqué el timbre de nuevo, recibiendo análoga respuesta de silencio.

Fruncí el ceño. Aquello no era lógico. ¿Por qué no contestaba Galaván?

Así el pomo de la puerta y lo hice girar. Empujé.

Con gran sorpresa mía, la puerta no estaba cerrada con llave. Entrar en el apartamiento, por tanto, me resultó sumamente fácil.

Crucé en el vestíbulo, él lugar de la muerte. Todo estaba arreglado ya, incluso la costosa alfombra había sido lavada de las manchas de sangre. Nada daba la sensación de que allí se había cometido un crimen.

Pasé al *living*. Estaba desierto. Llamé en voz alta:

—Galaván.

No me contestó nadie. Silencio.

Llegué al dormitorio que había sido de Mac Ball. El silencio se hizo de pronto opresivo, denso, pesado, fúnebre.

Al lado del dormitorio estaba el baño. No había nadie tampoco.

Al otro lado se encontraba el despacho del muerto, una pieza diminuta, con una mesa, un sillón, una silla y dos muros convertidos en estantes para libros. También desierto.

Ya sólo me quedaban dos habitaciones más. La cocina y el dormitorio de Galaván.

La cocina se hallaba igualmente desierta, aunque muy limpia y arreglada. Al otro lado de la puerta que daba al comedor —*living* había otra que debía conducir sin duda a la habitación de Galaván. Entré.

Encontré a Galaván.

Muerto.

CAPÍTULO IV

Entonces comprendí el silencio del filipino. Los muertos no contestan a las llamadas.

Me acerqué muy despacio a la cama, donde Galaván reposaba su último sueño. Su rostro reflejaba asombro y sorpresa más que terror. No había tenido tiempo de tener tal sentimiento. El asesino había irrumpido allí y le había disparado a bocajarro en mitad de la frente. Una herida limpia, sencilla, pero letal. Un agujerito negro, redondo, entre ceja y ceja, a un centímetro del caballete de la nariz, había sido suficiente para que por él se escapara la vida del filipino.

Apenas si había sangrado. Toqué su muñeca, hallándola aún tibia. Esto me dijo que la muerte se había producido menos de una hora antes.

Encendí un cigarrillo, sumamente pensativo. Examiné críticamente la habitación sin moverme del sitio. Era reducida y tenía los muebles justos. Al lado había una puertecita encristalada, la cual daba a una especie de cuartito de aseo. No había más. Ni siquiera se veía desorden. Todo estaba colocado en su sitio, limpio y aseado. Las únicas manchas que había eran de sangre y no en exceso.

Me alegré de la muerte de Galaván.

Entendámonos.

No me alegré de la muerte del filipino como hombre. Por el contrario, deploré —aunque esto pueda parecer una absurda paradoja— que lo hubieran asesinado. La única satisfacción que sentía en aquellos momentos se derivaba de que mis suposiciones empezaban a convertirse en certidumbre.

Había alguien a quien no le convenía que Galaván hablara más de la cuenta y se lo había cargado con un solo disparo de pistola.

¿Quién era ese alguien?

No pude pensar mucho. El zumbador de la puerta sonó repentinamente, cortando en seco mis meditaciones.

Volví la cabeza instintivamente hacia el lugar donde la chicharra vibraba con insistencia. Intuí un peligro que era urgente soslayar.

Pisando en silencio, corrí hacia la puerta, atravesando la cocina, el *living* y el vestíbulo. Logré esconderme tras la puerta, en el momento en que alguien la abría para entrar en el apartamiento, harto, sin duda, como yo, de no recibir respuesta a sus llamadas.

Apreté con fuerza la culata del revólver, dispuesto a usarlo si era necesario. De pronto, una larga cabellera roja apareció fuera de la puerta.

Cuando la mujer hubo entrado del todo, cerré bruscamente y apoyé las espaldas en la madera, cortándole la retirada. Ella se volvió con la rapidez de una pantera.

Y una pantera parecía, dado el ajustado traje de punto negro que vestía, el cual se ceñía a sus agresivas curvas como una segunda piel, hasta las caderas, ensanchándose luego en una falda de amplio y chisporroteante vuelo.

Los senos, altos y compactos, amenazaban desbordársele fuera del vertiginoso escote del vestido. No era muy alta, pero su estatura había aumentado en, al menos diez centímetros, por los tacones de los zapatos negros, muy escotados, de brillante charol, que calzaba. El pelo le ondeaba suelto como una llama viva, contrastando curiosamente con la blancura nívea de su tez y el verdor intenso de sus pupilas. En la mano izquierda llevaba un bolso grande de piel de serpiente, negro, y unos grandes pendientes tintineaban en sus orejas. La boca era roja, sensual, de labios gruesos y jugosos, y su esbelta garganta estaba rodeada por una fina cadenita, de la cual pendía un extraño medallón en forma de octógono, con una piedra verde de buen tamaño en el centro.

—¿Quién es usted? —preguntó la pelirroja, agresivamente—. ¿Qué hace aquí?

—¿No le parece, señorita —respondí—, que yo también puedo formularle a usted las mismas preguntas?

—¡Yo no tengo por qué dar cuenta a nadie de mis actos!

—Tampoco yo, si a eso vamos —dije con calma—. Pero puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que está buscando a Fredo

Galaván.

Sus párpados, espesamente cargados de pintura negra, se entrecerraron levemente, en tanto que sus pupilas despedían chispas.

—Es posible —admitió—. ¿Lo ha visto usted?

—¡Sí!

—¿Dónde está?

—En su dormitorio.

—¿Qué es lo que hace allí?

—¿Qué es lo que hace una persona en el dormitorio? Dormir, supongo, ¿no?

La pelirroja volvió a mirarme. Luego, de manera imprevista, dio media vuelta y se encaminó hacia el interior, moviendo aparatosamente las caderas, con un fuerte chicharreo de faldas.

Sonreí mientras encendía un cigarrillo. Esperé una cosa.

El grito.

Me llegó unos segundos más tarde, amenazando con quebrar todos los vidrios del apartamiento. Luego oí un rápido taconeo y por fin la vi aparecer a todo correr, dirigiéndose a la puerta con el ciego ímpetu de una vaca desmandada.

—¡Apártese! —chilló—. Déjeme salir, maldita sea.

—Un momento, preciosidad —dije, dando media vuelta a la llave y echándomela al bolsillo—. Antes tienes que contarme muchas cosas. Por ejemplo…

—¡No quiero hablar nada con un asesino! ¡Suélteme o llamaré a la policía!

—¿Soltarla? Pero ¡si no la he tocado siquiera! Llame, llame a la policía. El jefe Wallis se sentirá encantado de hacerle unas cuantas preguntas, señorita.

Se mordió los labios, repentinamente irresoluta. Vi que mis palabras habían dado en el blanco.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Me llamo Suzy Corliss —dijo, aún jadeante.

Saqué un cigarrillo y se lo puse en la boca. Aspiró ávidamente él humo y, al llenarse los pulmones, temí por la integridad del corpiño de su vestido.

—Eso no me aclara nada, señorita Corliss. Lo que quiero saber es: ¿qué es lo que vino a hacer aquí?

—Hablar con Galaván.

—¿Qué tema?

Se recuperaba con prontitud. Me echó el humo a la cara.

—Eso es cosa mía.

—Y mía, Suzy —dije—. Quiero saber de qué pensaba hablar con Galaván.

—No me da miedo usted —dijo—. No le tengo miedo a nadie, ni aunque sea un asesino.

—Yo no soy ningún asesino. Ése es un defecto que no he adquirido todavía, Suzy.

La pelirroja me contempló fijamente durante unos segundos. De pronto, chasqueó los dedos.

—¡Ya está! Ahora recuerdo quién es usted —exclamó. Sonrió, enseñando una doble hilera de dientes blanquísimos—. Usted es el juez Campshell, ese tipo que ha condenado a muerte a su novia. Su cara me parecía conocida… Claro, las fotografías de los periódicos. ¿Y qué hace ahora, juez?

—Ya no soy juez. He dimitido el cargo.

Los ojos de Suzy se agrandaron desmesuradamente.

—¿Que… no… es juez? —balbució.

—No. —Saqué la credencial recién adquirida y se la enseñé rápidamente—. Ahora soy solamente un investigador primado que requiere su colaboración de un modo más suave que lo haría la policía caso de enterarse de su presencia aquí, en el lugar donde por vez segunda acaba de cometerse un crimen.

—¡Usted… detective privado! —se asombró—. Es lo último que me faltaba por oír.

—Basta ya —dije, muy fastidiado—. Aclare pronto, por favor.

—¿Y si no quisiera hablar?

Me acaricié la mandíbula, mirándola pensativamente de arriba abajo.

—Tendré que emplear un tercer grado *sui generis*, Suzy.

Ella volvió a sonreír. Lanzó el cigarrillo a un rincón con el índice y el pulgar. Onduló sinuosamente hacia mí.

—Yo también empleo un tercer grado para hombres como usted, juez.

Y alargó los brazos para rodearme el cuello tentadoramente.

Dejé que casi consumara sus propósitos. En el momento

oportuno, agarré el brazo izquierdo, a la vez que la empujaba levemente en el hombro derecho.

El resultado fue que, antes de que Suzy se diera cuenta de lo que la sucedía, se encontró girando hasta volverme la espalda por completo. Lanzó un grito agudo mientras salía catapultada hasta el diván próximo, en el que cayó hecha un ovillo.

Se volvió ágilmente, profiriendo mil maldiciones, entre las cuales la de «bastardo» e «hijo de perra» eran las más suaves. Fui hacia ella y la solté dos soberanas bofetadas que la dejaron sin aliento y con la boca abierta de par en par, totalmente aturdida.

Había allí cerca un aparadorcito. Saqué una botella y dos vasos y llené ambos hasta la mitad, entregándole uno.

—Tome —dije—. Beba primero y hable después.

Mantuvo el vaso inmóvil, mirándome con el odio reflejado en sus pupilas.

—¿De qué?

—Hágase cuenta de que soy Galaván. No podré dar las respuestas que éste le habría dado, pero al menos conoceré las preguntas.

Se mordió los labios, muy pensativa.

—Está bien —dijo—. Tenía que preguntarle…

De pronto me arrojó el *whisky* a los ojos.

Si no han recibido nunca en pleno rostro un chorro de licor, les recomiendo lo eviten cuanto puedan. Uno empieza a patear, a maldecir y a hacer muchas cosas más que no haría en estado normal, y todo ello a ciegas, sin poder ver otra cosa que un sinnúmero de manchas de todos los colores que parecen fuego que empieza en los ojos y llega hasta el cerebro.

El vestíbulo tenía algunos objetos de adorno. Mientras yo trataba desesperadamente de ver, sin poder conseguirlo, la pelirroja, con toda tranquilidad, cogió una estatuita de mármol y me sacudió con ella en la cabeza. Sé que era una estatuita de mármol porque pude comprobarlo más tarde. Lo menos una hora más tarde, que fue el tiempo aproximadamente que permanecí inconsciente.

Cuando me desperté, no sólo me ardían aún los ojos, sino que la cabeza me dolía de una manera espantosa. Noté que estaba tendido sobre la alfombra y, tanteando con la mano, pude encontrar el bulto

que había levantado en mi nuca el golpe.

Contuve un gemido de dolor y desencanto a la vez. ¡Qué bien me había engañado Suzy Corliss! Había caído en el garlito incautamente, lo mismo que un inocente corderino. Estaba seguro de que a aquellas horas, Suzy debía estar riéndose de mí a mandíbula batiente. Y con razón, ¡demonios!

Poniéndome en pie con bastantes dificultades, conseguí caminar hasta el baño. En el lavabo me aclaré los ojos con agua fría, haciendo disiparse los últimos escozores del alcohol. Me miré los ojos; tendría que llevarlos durante unos días bastante encarnados. El chichón no se notaría mucho, a pesar de su turgente prominencia, ya que estaba situado justamente en el occipucio.

Salí de allí con un amargo sabor de boca. Busqué un bar y pedí un café doble y bien cargado; estaba necesitando algo que me despejara un poco las brumas que me cubrían aún el cerebro.

Mientras tomaba el café y fumaba un cigarrillo, pensé en los motivos que había tenido el asesino para matar a Galaván. Indudablemente, había temido que el filipino hablase. ¿De qué?

¿Se había *olvidado* Galaván algo en su declaración, algo importante y fundamental que hubiera podido variar substancialmente la marcha del proceso? Tal era mi impresión y añadiré que él asesino había considerado muy peligrosa la investigación recién iniciada por mi parte, por lo que, temiendo las consecuencias de mi actuación, había decidido eliminar al filipino.

Pagué el café y me dirigí a la cabina telefónica. Deposité una moneda en la ranura y marqué el número de Jefatura. Me contestaron que el *sheriff* Wallis estaba en su domicilio particular. Al identificarme, el telefonista de turno me facilitó amablemente el número del teléfono, que marqué enseguida.

Entré en materia después de los primeros saludos.

—¿Quién es Suzy Corliss, jefe?

—Trabaja en el *Indiana*, juez. Oiga, ¿qué diablos de relación tiene usted con esa mala pécora? Es la fulana de «Dinero» Grant, el dueño del *Indiana*. ¿Lo sabía usted?

—No, pero ya estoy enterado de ello. Gracias, jefe.

—Escuche, Campshell, ¿qué diablos pretende hacer usted en aquella guarida de ladrones? Tenga cuidado, ¿sabe?

—Gracias otra vez, Wallis, aunque después de la experiencia de

esta tarde, creo que sabré cuidarme.

—¿Qué experiencia? ¿De qué diablos está hablando que no le entiendo, Campshell?

—Verá, esta tarde conocí a Suzy. Hablamos durante unos minutos y acabó arrojándome un vaso de *whisky* a los ojos. Mientras trataba de quitarme el licor de encima, me arreó un golpe con algo duro y me desmayé, largándose ella a continuación.

—¡Rayos! ¿No estará tomándome el pelo, Campshell? ¿Y dónde ocurrió eso?

—Ah, sí, se me había olvidado —contesté con negligencia—. En casa de Mac Ball. Fui a ver a Galaván y me lo encontré muerto. Con un tiro en mitad de la frente. Allí está todavía, dispénseme la omisión.

Y colgué, antes de que el estupefacto jefe de policía pudiera hacerme ninguna pregunta.

CAPÍTULO V

Me senté en uno de los taburetes del bar del *Indiana* y pedí algo de beber.

—Suave —dije—. Tengo el estómago forrado de algodón.

El barman me arrojó una mirada venenosa.

—Un vasito de leche, quizá —murmuró.

—¿Por qué no? Sí, eso es; un vaso de leche batida con crema de chocolate. Ayuda mucho a la digestión, ¿sabe?

El barman dijo entre dientes algo de los tíos chiflados como yo, pero acabó preparándome la bebida. Luego, mientras me la servían, me entretuve en contemplar el interior del *Indiana.*

El local era de forma circular, no demasiado grande, con dos docenas de mesas esparcidas en torno a la pista de baile. Frente al bar, se alzaba el estrado de la orquesta, con un pequeño saliente para que pudieran actuar los cantantes, que entraban por un forillo encortinado que apenas si se advertía.

La decoración del *Indiana* era severa pero de buen gusto. Pesados cortinajes de terciopelo rojo con grecas en oro eran el elemento principal de la misma y las lámparas que pendían del techo podrían haber sido empleadas muy bien en Versalles. El conjunto era acogedor y discreto, pero cuando uno se fijaba en tipos como el barman —estoy seguro de que debajo de la blanca chaquetilla con hombreras rojo y oro llevaba un pistolón—, toda la idea de discreción, elegancia y suavidad, desaparecía al instante.

El fulano me sirvió el batido de chocolate.

—Aquí tiene, señor —dijo.

—No me mire así —respondí con una acogedora sonrisa—; no tengo la culpa de ser hiperclorhídrico.

Se encogió de hombros. Tomé unos sorbos de la bebida,

encontrándola deliciosa. Luego metí la mano en el bolsillo y empecé a juguetear distraídamente con dos billetes de diez dólares.

El barman miró el dinero y se pasó la lengua por los labios. Despachó a un cliente y luego, remoloneando, se me acercó como el que no quiere la cosa.

—¿Desea el señor algo especial? —preguntó.

—Supongo que aquí debe haber una habitación donde un tipo con ganas de divertirse puede manejar las cartas un rato, ¿no es así?

—Por supuesto. —Alargó la mano hacia los billetes, pero los retiré aprisa. Su rostro expresó claramente el desencanto que sentía —. ¿No quiere divertirse, señor?

—Quiero otra cosa mejor —murmuré—. La dirección del camerino de Suzy Corliss.

El color huyó repentinamente del rostro del barman. Tragó saliva y, durante unos segundos, su nuez prominente subió y bajó con espasmódicos movimientos.

—Lo siento —dijo secamente; y se fue a atender a unos clientes.

Suzy Corliss salió momentos después. Vestía un explosivo traje verde que se ceñía prietamente a su cuerpo de diosa pagana, sujeto con un hilo de diamantes al hombro izquierdo. La luz de la sala se atenuó, quedando solo un foco directamente encarado sobre ella.

Interpretó tres canciones seguidas: *Viejos Prados, Mi Tipo Favorito y Amor a Primera Vista*. Al terminar, una catarata de aplausos premió su actuación. El reflector se apagó y las luces de la sala ganaron nuevamente en intensidad.

Aplaudí como el que más. Me excedí tanto, que Suzy tuvo que notarlo a la fuerza. La sonrisa se borró por unos instantes de sus labios en tanto que sus ojos chispeaban. Luego, con paso vivo, desapareció del pequeño escenario.

Me volví hacia el barman. Está vez, los billetes eran tres.

—¿No te gustan las hojas de lechuga? —pregunté.

El barman remoloneó otra vez. Luego alargó la mano hacia los billetes.

—Primera puerta a la derecha. Siga el corredor, hasta la penúltima a la izquierda.

—Gracias —murmuré, levantándome del taburete.

Obedecí las indicaciones del tipo y llegué a una puerta donde se veía una estrella de oro y la indicación «*miss* Corliss». Toqué con los

nudillos y apenas había separado la mano de la puerta cuando se abrió ésta y el rostro irritado de la pelirroja apareció bajo el dintel.

—¿Qué es lo que quiere usted de mí? Lárguese y no me moleste más; no tengo el menor deseo de hablar con nadie.

—Yo sí —dije plácidamente—. Tengo muchas, muchísimas ganas de charlar con usted, ¿comprende?

Ella me miró airadamente. Fue a cerrarme la puerta, en las mismas narices, pero moví el hombro secamente y la proyecté de espaldas hasta el centro de la estancia.

Penetré en el camerino y cerré la puerta de un taconazo. Suzy se había recuperado ya y se me arrojaba encima, con las uñas desenvainadas, como una tigresa enfurecida.

La dejé que llegara a mi altura. Luego, en el momento oportuno, agarré las dos muñecas con ambas manos, uniéndolas después en una sola, haciendo una presa indestructible. Intentó patearme, pero no consiguió sus propósitos.

Mientras forcejeábamos, me nombró y no elogiosamente a mis antepasados. Pero ya había conseguido dominarla y la llevé hasta una silla, en la que me senté, haciéndola doblarse sobre mis rodillas.

Acto seguido pasé el brazo izquierdo por su cintura, sujetándola férreamente. Después empecé a mover la mano derecha. Tenía la carne bastante dura, la verdad.

Terminó pidiéndome perdón y rogándome por todo lo más querido que cesase en el castigo. Lo suspendí por unos momentos.

—¿Hablará si paro?

—Sí, maldito sea, diré lo que quiera. Pero déjeme levantarme de una vez.

—Está bien —contesté—. No intente otro truco como el de esta tarde, porque ahora no tendría compasión de usted, Suzy. —Aflojé el brazo izquierdo y se puso en pie. Mientras se frotaba furiosamente las doloridas caderas, me envió una mirada cargada de cianuro.

—¿Fue usted el que avisó a la policía? —pregunté rencorosamente.

—Sí —dije—. ¿Por qué lo dice?

—Han estado a verme. Pero manifesté que no había estado jamás en el apartamiento de Mac Ball y que no sabía de qué me

hablaban.

Parpadeé, asombrado.

—¿Y se conformaron con su declaración? —exclamé.

—Claro. ¿Qué otra cosa podían hacer? Su palabra contra la mía, juez. Negué en redondo saber nada de lo que me decían y tuvieron que retirarse.

—Esos policías son tontos —mascullé—. Si hubiera sido yo, habría encontrado pruebas de su estancia en el apartamiento.

—Yo no soy tonta —dijo—. Había huellas mías en el vaso de licor, pero me lo llevé. Era la única prueba que existía en contra mía y a estas horas está destruida.

La miré con no disimulada admiración.

—Es usted única —dije—. Y ahora, vayamos al grano. ¿Qué fue a hacer en casa de Mac Ball?

—Tenía que ver a Galaván.

—¿Para qué?

—Fui… a pedirle una cosa. —Su reticencia no desaparecía bajo ningún pretexto, lo cual empezó a cargarme de impaciencia.

—Mire usted, Suzy —manifesté—. Será mejor que no andemos con rodeos. Hable todo de una sentada, evitándome formular preguntas innecesarias que sólo consiguen hacerme perder el tiempo. Empiece desde el principio y…

La puerta se abrió bruscamente y dos tipos irrumpieron en ella de modo poco amable.

Al verlos, Suzy pareció botar en su asiento. Me señaló con el dedo y gritó histéricamente:

—¡Ése es el fulano! ¡Marsh, Issy, echadlo de aquí en el acto!

Me volví en redondo, metiendo la mano en el interior de mi chaqueta. Los recién llegados, sin embargo, no se inmutaron por mi gesto.

Uno de ellos era alto y fuerte, con la nariz torcida y unos hombros anchísimos. El otro, en cambio, era menudo y pequeño, con ojos saltones y un belfo prominente que causaba repugnancia sólo con mirarlo.

—Calla —dijo el alto secamente. Luego volvió la vista hacia mí —. Venga con nosotros, juez.

—¿A dónde?

—Se lo pedimos con buenas maneras —contestó el individuo, a

quien Suzy había llamado Marsh—. No pensamos, además, hacerle el menor daño. Sólo queremos que nos acompañe.

Miré a Suzy. La pelirroja se mordía nerviosamente el labio inferior, pero permanecía silenciosa.

—Bien —contesté—. Vamos.

—Así me gusta —murmuró Marsh—. Vea, sabemos que lleva un arma y ni siquiera hemos intentado despojarle de ella. Si no se fía de nosotros, puede sacarla y apuntarnos con su revólver.

—Están muy bien enterados de las cosas —dije, saliendo del camerino. En la puerta me volví—: Suzy, continuaremos el diálogo cualquier otro rato.

—¡Muérase! —contestó abruptamente la pelirroja.

Flanqueado por los dos esbirros, caminé a lo largo del corredor, hasta llegar a una puerta forrada de gutapercha. Marsh tocó un timbre apenas visible en la pared y la puerta se abrió al cabo de unos momentos.

Un hombre apareció en mi obscuro cuartito. El individuo llevaba en la mano un objeto que no supe identificar en los primeros momentos. Era cuadrado, fornido, con una mandíbula dura como el pedernal y el cabello cortado a tajos. Parecía no tener pupilas, tan claras eran.

—El jefe nos espera, Bucher.

—Bien —contestó el individuo lacónicamente.

El cuartito era una especie de esclusa de seguridad. Bucher tocó con los nudillos en otra puerta que había a renglón seguido, la cual se abrió por sí sola. Entonces, avanzando unos cuantos pasos, entramos en el despacho del dueño del *Indiana.*

Además del mencionado, había allí otros dos hombres. Uno de ellos era el barman, a quien vi sudar copiosamente, con cara de estar pasando mucho miedo. El otro era un tipo esmirriado, con el pelo engominado y los ojos vivaces como bolitas de plomo. Estaba al lado del *barman.*



—...Hasta que se cumpla la pena de muerte...

«Dinero» Grant estaba tras la enorme mesa de despacho que era el principal adorno de la estancia. Era un hombre menudito, de unos cuarenta y tantos años, pulcramente vestido, con las uñas perfectamente manicuradas y una blanca camelia en el ojal de su traje oscuro. Mediría escasamente metro y medio, pero había en sus ojos grises una fuerza de voluntad y un poder magnético que difícilmente podían desafiarse.

—¿Juez Campshell? —murmuró cortésmente.

—Ex juez si no le molesta —contesté en el mismo tono—. Señor Campshell solamente.

—Ya me he enterado de su dimisión —dijo distraídamente—. Luego añadió. —¿Puedo preguntarle qué ha venido a hacer aquí?

—Sus amigos me sorprendieron en lo mejor —repuse.

—¿Cómo consiguió llegar hasta el camerino de la señorita Corliss?

Miré al barman. Los sudores del tipo se acentuaron.

—No me gustan los soplones —dijo Grant calmosamente—. Tony, quedas expulsado.

—Sí, sí, señor… Me iré inmediatamente de aquí… Ahora mismo, si usted lo desea.

—Bien, ¿a qué esperas? Vete, Tony.

El barman atravesó la habitación como un relámpago. Y un relámpago también fue la mirada que Grant dirigió a Marsh.

Éste sacó la mano de su bolsillo. Vi algo obscuro en ella, pero de momento no pude distinguir lo que era.

Marsh alargó la mano izquierda, atrapando el hombro del barman. Éste lanzó un grito de pánico y se volvió hacia el pandillero.

Marsh disparó su mano derecha. Algo crujió de modo horrendo. El barman lanzó un alarido infrahumano. Su boca quedó instantáneamente bañada en sangre. Unas cosas cayeron al suelo con sonoro tableteo. Miré y sentí que las piernas se me convertían en gelatina. Eran piezas dentarias.

El barman continuaba aullando a más y mejor. Marsh repitió el golpe. Un hueso cedió. Los alaridos del infeliz se convirtieron en gorgoteos animales. Cayó de rodillas, con la mandíbula rota por dos o tres sitios.

Empecé a sudar yo también. Con toda facilidad, Marsh izó a pulso al desgraciado. Estiró el brazo izquierdo cuanto pudo y luego estrelló su mano contra el rostro del barman. Algo estalló como una fruta madura; era la nariz, de la cual empezó a brotar en el acto un verdadero torrente de sangre. Pero esto ya no lo sintió el barman, quien se había desmayado por completo al recibir el tercer golpe.

Sentí deseos de sacar el revólver y empezar a tiros con aquella pandilla. Afortunadamente, me contuve a tiempo. Habría podido matar a uno, a dos, pero ineluctablemente, yo mismo habría

acabado sucumbiendo sin remedio. Y la vida de Lelia valía mucho para mí.

Percibí la voz de Grant.

—Eso es lo que solemos hacer con los largos de lengua, juez —dijo con toda tranquilidad. Sacó una larga boquilla, puso en ella un cigarrillo y esperó a que el italoamericano que había estado vigilando al barman hasta entonces se lo encendiese obsequiosamente—. Y también con los fisgones.

No le contesté por el momento. Estaba completamente fascinado, viendo lo que hacía Marsh en aquellos instantes. El tipo limpiaba los nudillos de acero con que había golpeado al infeliz barman, con la misma indiferencia que si se tratase de una herramienta de trabajo. Y ¿no eran aquellos atroces nudillos de metal una *herramienta de su trabajo*?

—Bien —dijo Grant, algo impaciente—, ¿qué me contesta?

Saqué un cigarrillo y me lo puse en la boca con aire ostentoso.

—Como demostración, no ha estado mal —contesté.

—¿Le pareció poco, juez?

Levanté los hombros.

—¡Psch! ¿Qué le diría yo? Marsh es un matón truculento y barato. No me ha asustado. Tipos así pueden ser fácilmente detenidos con una bala en las tripas. Contra esto no pueden nada los nudillos de acero, Grant.

El dueño, del *Indiana* me miró pensativamente.

—Es probable —manifestó—. De todas formas, sólo se trataba de castigar una indiscreción. ¿Le gustaría ver una demostración auténtica?

—El espectáculo es gratis. Adelante.

Grant movió una mano.

—Adelante, Bucher.

El pandillero con aire germánico —luego me enteré de su sobrenombre y de los motivos en que se habían basado para ponérselo— asintió con lentos movimientos de cabeza. Buscó algo con la vista y lo encontró finalmente.

Era una tabla de roble, de centímetro y medio de grueso y unos cuarenta de lado, dura y sólida como si fuese de roca. Se la arrojó al pequeñajo de los ojos saltones, el cual la atrapó al aire, manteniéndola en alto con la mano derecha.

Hecho esto, *Tell* Bucher se retiró a un extremo de la habitación, situándose a unos seis u ocho metros del otro individuo. Sacó algo del bolsillo de su chaqueta, colocándoselo en la mano izquierda. Eran unas gomas recias y elásticas, las cuales formaron una especie de tirador como los que usan los chiquillos, aunque de una potencia muy superior.

Tell Bucher probó las gomas un par de veces. Luego volvió a meter la mano en el bolsillo y extrajo el objeto que yo había entrevisto antes de penetrar en el despacho.

Lo colocó en el extremo de las gomas y estiró éstas cuanto pudo.

El silencio era absoluto. De pronto, un relámpago plateado cruzó la habitación. Sonó un seco chasquido.

—Issy —dijo Grant— enséñaselo al juez.

—Sí, jefe.

Issy vino hacia mí y me tendió la madera para que la examinase a mi sabor, así como el objeto que había clavado en ella. Me estremecí de pies a cabeza.

El objeto que Bucher había disparado con las gomas era una flecha. Sí, ya sé que puede parecer raro, pero es la verdad.

No era una flecha común, sino un palito de acero bien templado, de unos treinta centímetros, con la punta tan afilada como la de una aguja de coser. En lugar de plumas, que no necesitaba para mantener la dirección en vuelo, tenía, cuatro estrías muy hondas que corrían a todo lo largo de su estructura, no más ancha de seis o siete milímetros. La potencia de las gomas era tal, que la flecha había atravesado limpiamente la madera, pasando más de la mitad al otro lado.

Issy sonrió perversamente. Luego se alejó de mí y entregó la madera con la flecha a Bucher.

Sentí frío. Comprendí inmediatamente el oculto significado de las palabras de Grant. Aquella flecha, tan hábilmente manejada por el fulano, era un arma terrorífica, capaz de atravesar limpiamente los huesos del cráneo si se disparaba con la suficiente puntería, aun lanzada desde veinte metros de distancia. También tenía otra cualidad: era silenciosa, total y absolutamente silenciosa.

Grant dijo:

—¿Qué le pareció la demostración, juez?

—¿Qué es lo que pretendió, demostrarme, Grant? —pregunté.

—La necesidad de volver la vista hacia otra parte, juez.

—¿Puede usted indicarme la dirección? —inquirí amablemente.

—Sí. —Salió de detrás de la mesa y caminó muy erguido sobre sus zapatos de triple suela, lo cual le hacía llegar, como máximo, a la altura de mi bolsillo de pecho—. Sí —repitió—. Mire siempre en dirección opuesta adonde se encuentre Suzy Corliss, ¿se entera?

Reí desdeñosamente.

—¿Celoso?

Sus dientes rechinaron de rabia.

—Márchese —dijo en tono bajo y ominoso. Sus secuaces contemplaban impasibles la escena—. Bastante paciencia he tenido con usted. Márchese y olvide todo lo sucedido. Todo, absolutamente —concluyó en tono enfático.

Miré al pobre infeliz caído en el suelo. Una oleada de ira hirvió en mi pecho. Sin poder contenerme, disparé mi puño, sintiendo un infinito placer al oír crujir los cartílagos de la nariz de Grant.

El menudo individuo lanzó un grito y salió catapultado a través de la habitación. Alcanzó a Issy en su camino y los dos cayeron en confuso montón al suelo.

Vi a Bucher que se disponía a sacar una de sus mortíferas flechas de acero. Le encañoné con mi revólver, antes de que pudiera lograr sus propósitos.

—¡Quieto! —ordené secamente—. Y vosotros también.

Moví el revólver.

—Apartaos de mi camino o agujerearé el pellejo al primero que se mueva.

Mi reacción les había sorprendido por completo. Además, estaban habituados a obedecer, a no actuar sin órdenes concretas, y con su jefe en el suelo, no sabían qué hacer. Sin duda alguna, me habrían matado a ser posible, pero habían visto que Grant estaba interesado en que viviera y por ello se abstuvieron de reacción alguna.

—Bien —dije retrocediendo hacia la puerta—, así me gusta. Cuando se despierte ese renacuajo, díganle que haré lo que me de la gana, que miraré donde se me antoje y que actuaré como mejor me parezca.

Tanteé la cerradura con la mano libre. También podía abrirse la puerta a mano. Esto me sirvió para escabullirme con la mayor

rapidez posible; no estaba seguro de que, en el último momento, aquellos forajidos se resolviesen a gastarme alguna pesada jugarreta.

CAPÍTULO VI

Me desperté por la mañana con las ideas bastante confusas. Había adelantado algo, pero no tanto como hubiera sido de desear.

En primer lugar, sin embargo, sabía que Fredo Galaván había muerto porque su silencio convenía a alguien. En segundo, había averiguado que ese alguien podía ser muy bien el propio «Dinero» Grant. Sus palabras parecían ser la prueba de tales suposiciones.

Claro que según se mirase, también podía sentir celos de mí. No me está bien decirlo, pero mi tipo es bastante atractivo y tengo buen partido con las mujeres. Mejor dicho, lo tuve hasta que acepté la elección de juez, puesto que a partir de entonces, y además comprometido ya con Lelia para casarme, había llevado una vida muy morigerada.

¿Pensaba Grant que Suzy podía serle infiel?

Acaso. Posiblemente.

Sus palabras habían sido, bien mirado, muy ambiguas. Aunque había mencionado a Suzy, podía referirse tanto a la pelirroja como a lo que ésta había presenciado en el apartamiento de Mac Ball. «Mantenga la vista en dirección opuesta», había venido a decir. Y en dirección opuesta podía significar tanto lo uno como lo otro.

Sonó el timbre, sacándome de repente de mis meditaciones. Alargué el brazo y tomé el teléfono.

—Hal Campshell —dije.

—Buenos días —me saludó el vozarrón de Wallis—. ¿Cómo se encuentra, juez?

—Bien, gracias. ¿Por qué lo pregunta? —inquirí extrañado.

Sonó una risita.

—Anoche estuvo en el «Indiana», ¿verdad?

—No es un secreto para nadie, jefe —contesté—. Pero ¿a qué

vienen esas risitas?

—¡Hum! Andaba tras de la pelirroja. Y Grant es muy celoso. ¿Salió con bien del local?

—Hasta ahora, sí. Claro que tuve que emplear argumentos persuasivos para encontrar la puerta, pude salir al cabo.

—Me alegro de ello, juez. Oiga, una pregunta: ¿encontró algo de particular en el apartamiento de Mae Ball?

—No, ni siquiera se me ocurrió registrarlo.

—Ya —dijo Wallis. Su voz sonaba muy pensativa—. De todos modos, no me gusta andar interrogando a la gente a través del teléfono. ¿Tiene algún inconveniente en que le envíe al sargento Stracher?

—Por supuesto. Que venga antes de una hora; tengo que salir.

—Muy bien, se lo envío ahora mismo, juez.

—Hal Campshell a secas, jefe —le recordé.

—Bueno, Hal Campshell —rió el policía, y colgó.

Stracher vino treinta minutos después, cuando ya me había aseado y vestido, y me disponía a dar cuenta de un sólido desayuno. Le invité a una taza de café que el pétreo sargento rechazó con gesto adusto.

Mientras comía, le relaté todo lo sucedido durante la noche anterior, desde el momento en que descubrí el cadáver de Galaván hasta que salí del «Indiana». Stracher me escuchó en silencio, aprobando de vez en cuando con algunos gestos de cabeza.

—¿Por qué han puesto ese apodo a Grant? —pregunté al concluir.

—Figúreselo. —Stracher no era muy hablador.

—Le gusta mucho el dinero.

—¿Y a quién no?

—¿Se ha metido alguna vez en negocios turbios?

—Si lo hizo, nunca se le pudo probar, señor Campshell.

—Lo cual significa que no tiene la conciencia tranquila.

—¿Y qué tipo de su calaña tiene la conciencia tranquila?

Apuré la última taza de café, y encendí un cigarrillo. Me puse en pie y empecé a pasearme por la habitación.

—Es curioso —comenté— que no haya pasado nada hasta que yo he decidido actuar en este caso. Todo ha ido bien. Mi…, la señorita Rhantyne ha sido condenada a muerte y nadie tiene nada

que objetar. Pero en cuanto he empezado a investigar por mi cuenta, en cuanto hago evidentes mis propósitos de hacer averiguaciones que de otro modo no hubiera podido hacer, un hombre resulta muerto. Sargento, ¿qué opina de todo esto?

Los ojos de Stracher me miraron desapasionadamente.

—¿De veras quiere usted conocer mi opinión, juez?

—Si.

—Quizá no le agrade.

—Suéltela de una vez, vamos, Stracher.

El sargento se puso en pie. Su mirada era pesada, densa.

—Le aseguro que hicimos cuanto fue posible, señor Campshell. Pero no cabe la menor duda: la señorita Rhantyne mató a Mac Ball. Está perdiendo el tiempo. Abandone. Si tanto la quiere, vaya al gobernador y pídale un aplazamiento, una revisión en la sentencia. Cualquier cosa, pero no sueñe en demostrar lo indemostrable. Ella es culpable y nada más.

Encajé el golpe sin pestañear.

—¿Lo cree usted así firmemente, Stracher? —pregunté, inspirando con fuerza.

—Sí —tomó su sombrero que había dejado encima de una silla —. Abandone, juez. No conseguirá nada.

Se encaminó hacia la puerta. Con la mano en el pomo, se volvió hacia mí. Meneó la cabeza.

—Lástima. Es una chica muy guapa… y usted todo un hombre.

Permanecí largo rato en pie, en el centro de la habitación.

Las palabras de Stracher reflejaban claramente el sentir de la opinión pública. Y él, más que nadie, junto con Wallis, tenía más razones que otro cualquiera para afirmar lo que acababa de decir. Lelia había matado deliberada y conscientemente a Mac Ball.

Pero ¿por qué?

¿Cuáles habían sido los motivos que le habían impulsado a dar muerte a Mac Ball?

Recordé que ella no había querido expresarlos a nadie, ni siquiera a mí mismo, en las semanas precedentes al juicio. Se encerró en un hondo mutismo, del cual no le había sacado su abogado excepto para confesar su crimen. Esto fue lo único que declaró en todo momento: que había comprado la pistola con intención de matar a Mac Ball, que había ido a su casa y que había

disparado dos veces contra él. No quiso añadir nunca una sola palabra más.

¿Inocente?

No; no podía serlo. Era culpable y, según las leyes del Estado, debía morir gaseada.

Pero ¿no habría algún medio de librarla de la cámara fatídica?

Miré el calendario. Estábamos a veintitrés de julio. Si dentro de diecinueve días, es decir, para el once de agosto, no había conseguido hallar algún nuevo elemento de prueba que pudiese introducir un resquicio de duda en el ánimo del gobernador y conseguir así un aplazamiento de la ejecución, Lelia moriría, irremisiblemente. El caso era clarísimo y no había motivos para indulto. Demasiado conocía yo las leyes para saber a qué atenerme al respecto.

Volví a pensar en Galaván. ¿Por qué lo habían matado?

Encendí un cigarrillo y me senté en un diván. Me puse la mano sobre los ojos como para aislarme de todo cuanto me rodeaba. Empecé a repasar mentalmente la declaración del filipino, palabra por palabra.

Mac Ball estaba hablando por teléfono, según Galaván, cuando Lelia llegó a su casa. El filipino le dio el recado y…

«Se arregló un poco la corbata y salió…».

¿Se arregló la corbata?

Rememoré las fotografías obtenidas del cadáver. Tenía abierto el cuello de la camisa y el nudo de la corbata a la altura del segundo botón de la misma.

¿Era ésta la manera de arreglarse la corbata para salir al encuentro de una dama?

Empecé a vislumbrar una luz en el túnel en que me hallaba metido. Pero era tan tenue que apenas si se veía.

No había habido lucha, el cadáver no tenía las ropas desarregladas ni destrozadas. Luego, Galaván había mentido en un punto. ¿Como era que nadie había reparado en aquel extremo? Según él. Mac Ball se había arreglado la corbata. Esto implica abrocharse el botón del cuello, ajustarse el nudo y subirlo hasta arriba.

Y él lo tenía al nivel del segundo botón y el cuello de la camisa

abierta.

Bien, tiempo tendría más adelante de meditar sobre un extremo tan interesante. Ahora había otros que revisar.

«… yacía en el suelo… No, apenas se movía».

Pero se movía. Un poco, no mucho. Lo cual no significaba, necesariamente, que Mac Ball estuviese ya absolutamente quieto. Claro que podían tratarse de las últimas convulsiones de la agonía, causadas ya por los reflejos nerviosos, totalmente independientes de la voluntad del asesinado.

Es difícil que dos tiros fulminen a un hombre de tal modo que cese de moverse en el acto. Siempre se produce algún espasmo, que dura algunos segundos después del deceso. Pero un cuerpo humano, herido mortalmente, nunca deja de moverse en el acto.

«¿Ella? Estaba como hipnotizada, mirando al cadáver…».

Si Mac Ball se movía aún, por poco que fuera, técnicamente no era un cadáver. Aún, respiraba, todavía alentaba, su corazón seguía latiendo… Por supuesto, ya no habría recobrado jamás el conocimiento, pero mientras se moviese, por muy poco que fuera, no podía llamársele aún cadáver; seguía siendo un cuerpo vivo.

Esto encerraba una contradicción evidente. Ateniéndonos a los tecnicismos legales, la declaración de Galaván resultaba refutable. ¿Por qué no se habían fijado en ello? ¿Por qué no me había fijado yo mismo?

Un ser viviente que se mueve, no es aún un cadáver. Esto es patente, lógico, de una sencillez aplastante. Galaván había dicho que apenas se movía y luego que miraba el cadáver. Esto lo apreció él en un par de segundos, cinco, como máximo. Luego, cuando entró en el vestíbulo, donde estaban Lelia y Mac Ball, éste vivía aún.

Me puse en pie. ¿Podía considerar aquella parte de la declaración como una base para mis actuaciones?

Sólo una persona podía aclarármelo. Tenía que ser alguien entendido en la materia. Alguien que pudiese hacerme bien patente la diferencia entre la vida y la muerte, aun en el caso en que el ser viviente estuviese herido letalmente y falleciese diez segundos

después.

Esta persona la tenía al alcance de mis manos. Era el doctor Wiggs, el forense de la policía.

Wiggs era quien había autopsiado el cadáver de Mac Ball y emitido el dictamen de que éste había muerto por hemorragia interna a consecuencia de heridas de bala. El, mejor que ninguno, podría aclararme tales extremos.

Casi no hacía falta ya que Galaván viviese. Sus palabras estaban escritas y firmadas, no sólo en los registros de la policía, sino en las actas del proceso, transcritas fielmente por el estenógrafo judicial. Y o mucho me equivocaba o ambas declaraciones coincidían absolutamente de una manera precisa, milimétrica.

Decidí, pues, actuar sin ninguna pérdida de tiempo. Revisé el revólver, tomé mi sombrero y salí de mi casa en dirección a la del doctor Wiggs, el forense de la policía.

Salí de casa y tomé un taxi, dándole la dirección del doctor. Pero a mitad de camino, ordené al conductor que hiciera alto.

Al pasar por Main Street había visto la muestra de la armería donde, según sus declaraciones, Lelia había comprado el revólver con el cual asesinó a Mac Ball. Y acababa de ocurrírseme que no estaría de más charlar con el dueño.

Aboné el importe de la carrera y crucé la acera, penetrando en la tienda. El propietario, un menudo viejecillo de cuello duro y gafas con aros de oro, me acogió amablemente.

—Buenos días. ¿Qué desea usted? Oh, pero si es el juez Campshell. ¿En qué puedo servirle, juez?

—Gracias —dije—; ya no lo soy. Dimití el cargo. Ahora me he convertido en un ciudadano particular. Como usted, señor Merten.

—Ya… —Merten se mordió los labios, muy pensativo—. En fin, eso son cosas de cada uno. ¿Qué puedo hacer en su favor?

—Quiero que me informe acerca de lo que observó en mi prometí…, en la señorita Rhantyne, cuando adquirió aquí el revólver con el que mató a Meddy Mac Ball.

Merten sacudió la cabeza.

—Lo siento, señor Campshell, pero me temo que mi información, en el caso presente, no le servirá de nada.

—¿Por qué?

—Yo no fui el que vendió la pistola a la señorita Rhantyne, sino

mi empleado Sam Connor.

—¿Y dónde está ahora Connor, señor Merten?

—Se marchó. Dejó el empleo a los pocos días. En aquella época yo estaba enfermo y él me sustituía. Siempre había tenido plena confianza en él, por lo que no tenía el menor inconveniente en que llevara por completo la dirección de la tienda. Lo único que hacía yo era firmar los cheques cuando debía efectuarse algún pago. Del resto se encargaba el propio Connor.

Me mordí los labios, muy contrariado. Aquél era un obstáculo con el cual no había contado yo. Claro que, por otra parte, no era esencial en mis investigaciones.

—Bien, muchas gracias —dije. Y ya me disponía a dar media vuelta, cuando, de pronto, se me ocurrió una idea—: Supongo que llevará usted un registro de venta de armas.

—Oh, por supuesto. Sin ese requisito, no podría tener abierta la tienda. La policía de Clancy Point es muy estricta y me la clausuraría inmediatamente si observara alguna irregularidad. Hacen frecuentes inspecciones, ¿sabe?

—Sí —concordé—. Escuche, ¿le importaría mucho que viera el registro?

—En absoluto, señor Campshell. Tenga la bondad de esperar unos momentos, por favor.

Se metió en el interior de la tienda y salió poco después con un pesado mamotreto que depositó sobre el mostrador, frente a mí.

Abrí el libro y empecé a recorrer sus páginas en sentido inverso. Pasé los meses de julio y junio, y llegué al de mayo sin encontrar nada de particular. La última semana de mayo también pasó sin novedad.

Llegué al día veintidós, el del crimen. Tampoco había nada. Pasé al veintiuno, llegué al veinte…

Levanté la vista y miré a Merten.

—Entonces, entre el quince de mayo y el veinticinco, por ejemplo, estaba usted enfermo y, por tanto, no pudo ver a la señorita Rhantyne adquirir la pistola con la cual se cometió el crimen.

—Sí, así es, juez.

—Tengo entendido que, para comprar un arma de fuego, es preciso el permiso policial.

—Exactamente.

—De lo contrario, ustedes no venden el arma.

—No.

—¿Cuándo se ausentó Connor, señor Merten?

—Cuando yo me puse bueno, hacia el veintiocho de mayo, más o menos.

—Por tanto, la policía ya había venido a investigar los libros, ¿no es así?

—Supongo.

—¿Dio Connor alguna razón para ausentarse?

—No. Simplemente, me envió una carta diciéndome que se marchaba y que no sabía cuándo volvería. Que en vista de la imprecisión de su regreso, podría tomar otro dependiente, si así me convenía. Lo sentí mucho, créame; era un muchacho muy fiel y muy digno.

Había declarado ante la policía que Lelia Rhantyne había sido la mujer que adquiriera el revólver en la tarde del veinte de mayo de mil novecientos sesenta y uno, es decir, sólo cuarenta y ocho horas antes de que se cometiera el crimen.

Y luego había desaparecido para no declarar en el juicio.

¿Por qué?

Por la sencilla razón de que el nombre que se leía en el libro registro de venta de armas no era el de Lelia Rhantyne, sino el de Suzy Corliss.

CAPÍTULO VII

Acodado en el mostrador del bar, pensaba y pensaba sin dejar un solo momento de descanso a mi cerebro.

El tiempo se me había pasado tan rápidamente, que eran ya las seis y media de la tarde y aún no había acudido a casa del doctor Wiggs, como me hiciera el propósito aquella mañana después del desayuno.

Suzy Corliss adquiriendo el revólver que había servido para matar a Mac Ball.

Pero ¿había sido Suzy la propia compradora?

Ausente Connor, sin dejar dirección, como luego me había manifestado Merten, era imposible saberlo. ¿Cuál de las dos mujeres había comprado el arma?

¿Suzy?

¿Lelia?

Bien podía caber que hubiera sido la misma Lelia, usando el permiso de armas de Suzy. Ella no hubiera ido a la policía, sabiendo que el jefe Wallis me lo habría advertido enseguida. Por tanto, sólo cabían las dos hipótesis ya mencionadas.

El revólver había sido adquirido por Suzy. O bien ésta había prestado su permiso de armas a Lelia para que lo adquiriese bajo nombre supuesto, cosa que había quedado reflejada en el libro.

Esto demostraba dos hechos. Primero, que la policía se había contentado con las declaraciones de Connor, ya que éste, según recordaba yo del sumario, había manifestado que Lelia había sido la autora de la compra. Y ningún miembro de la fuerza policial se había molestado en examinar el libro, el cual patentizaba una negligencia inexcusable. ¿O malicia?

Segundo. Lelia y Suzy se conocían. ¿De qué? ¿Cuándo se había

establecido aquella relación de conocimiento?…

Alguien se puso de repente a mi lado, interrumpiendo de modo brusco el hilo de mis meditaciones. El cigarrillo medio lívido de saliva que pendía de sus labios lívidos me inspiró asco.

—Hola, juez —dijo Tolliver gárrulamente—. ¿Alguna novedad en sus pesquisas?

—Ninguna —contesté hoscamente.

—Gracias. ¡Chico, un *whisky* doble! Oiga, juez, ¿sabe que el director del «Citizen» me ha subido el sueldo después de la noticia que le di?

—Debiera abonarme una comisión —gruñí.

Tolliver rió.

—Tome lo que quiera, juez. Le invito.

—Gracias —arrojé una moneda sobre el mostrador—. Pero de usted no aceptaría yo ni la cuerda que me habría de salvar de morir ahogado.

El periodista se encogió de hombros mientras salía.

Alcé la mano y llamé un taxi. Era ya de noche y al entrar en el coche, le di la dirección de la casa del doctor Wiggs.

Encendí un cigarrillo, pensando una y otra vez en el mismo tema. Tan distraído estaba que no me di cuenta de que el vehículo se había detenido hasta que el chofer me lo indicó.

Pagué la carrera y salí fuera. El automóvil se alejó y yo me quedé frente a la casa del médico.

La miré unos momentos antes de cruzar la acera. Era una construcción anticuada, pero conservando todavía cierta elegancia; de una sola planta, situada en el centro del jardín bastante descuidado. El edificio estaba en las afueras de la ciudad, en un lugar muy tranquilo y poco concurrido, ideal para descansar después del ajetreo cotidiano. Junto a la puerta estaba el buzón con el nombre de su dueño: Joseph M. Wiggs.

Abrí la puertecilla de la valla que separaba el jardín de la acera y crucé el sendero enarenado, llegando a un pequeño pórtico separado del suelo por tres escalones. Subí al rellano y acercándome a la puerta, pulsé el zumbador.

Me extrañó que el farolillo de hierro forjado que había sobre la puerta estuviera apagado. Volví a llamar al no recibir ninguna respuesta.

Fruncí el ceño. Aquello no era lógico ni natural. A menos que estuviese interviniendo en algún caso, lo corriente era que Wiggs se encontrara en casa en aquellos momentos.

Medité un segundo. Iba a dar media vuelta y alejarme de allí cuando, de pronto, me pareció oír un ruidito dentro de la casa.

Toqué el timbre una vez más. Nadie contestó a mis llamadas. Entonces, pensando en que quizá el doctor se hallaba en el lado opuesto de la casa, di la vuelta con ánimo de llamar su atención si era posible.

Iba a doblar ya la esquina cuando, de pronto, vi que una cabeza asomaba cautelosamente por el hueco, mirando a derecha e izquierda antes de salir. Retrocedí a toda prisa, ocultándome tras la pared.

El hombre pareció creer que el terreno estaba libre, porque pasó una pierna sobre el alféizar y luego la otra, saltando acto seguido al suelo. Entonces di dos pasos adelante y le encañoné con la pistola.

Conocía bien al doctor Wiggs y sabía que éste era alto y delgado, casi esquelético. Por lo tanto, no podía ser el hombre que tenía frente a mí, cuyo aspecto era de fornida reciedumbre.

—¡Alto! —dije perentoriamente—. Levante las manos y no se mueva.

El hombre se volvió hacia mí, como picado por un áspid. Fue a dar un paso hacia adelante, pero se contuvo cuando agité el arma de modo significativo.

—No repita el gesto o le perforo los intestinos. Las manos bien altas, hermano.

La oscuridad me impedía distinguir sus facciones con claridad. Lentamente avancé hacia él, oprimiendo con fuerza la culata de mi revólver.

Al llegar a un par de pasos de distancia, reconocí su identidad al instante. Era Marsh, el salvaje que había aporreado al barman del «Indiana» con sus nudillos de acero.

—¿Qué hacías aquí? —pregunté.

Silencio. El tipo apretó los labios, significando con el gesto que no estaba dispuesto a hablar.

—¿Viniste a ver al doctor?

Nuevamente silencio.

—Voy a contar hasta tres —dije—. Después, dispararé.

Sacó la lengua y se humedeció los labios. Era evidente que estaba asustado, pero temía más a otra cosa que a la amenaza de mi pistola.

—Uno —dije.

Y no pude seguir contando porque, de repente, el tipo levantó la pierna y me golpeó cerca del codo.

Perdí en parta el equilibrio. El revólver se escapó de mis dedos momentáneamente entumecidos. Lanzando un bramido de cólera, Marsh se abalanzó sobre mí.

Caímos al suelo, revueltos en confuso montón. Levanté la rodilla, y se la clavé en el vientre. Marsh gruñó y su puño derecho me aturdió el hombro contrario. Me quedé, por tanto, prácticamente inerme. Sin poder mover los brazos y con el revólver Dios sabía dónde.

Marsh notó mi indefensión. Rió satisfactoriamente. Poniéndose de rodillas, y sujetándome por la cintura con ambas piernas a horcajadas sobre mí, metió la mano derecha en su bolsillo y extrajo algo que se colocó en la misma. No hablaba, se limitaba a reír un tanto estúpidamente, mientras gozaba por anticipado con la idea de destrozarme el rostro a nudillazos.

En aquel momento, casi cuando Marsh se disponía a descargar el primer golpe, vi que otro hombre saltaba por la ventana de la casa. Distinguí sus facciones durante un segundo; era el émulo de Guillermo Tell.

No sé si Bucher me habría visto o no. El caso es que, desde el punto en que se encontraba, era difícil distinguir quién estaba en el suelo y quién de rodillas. Entonces se me ocurrió una idea salvadora.

Exclamé en tono alto y airado:

—¡Maldito bastardo! Marsh, hijo de perra, ¿quieres contarme de una vez lo que hacías en casa del doctor Wiggs? Habla o te sacaré los sesos a tiros por el cogote.

Mis frases tuvieron la virtud de detener, un instante al pandillero. Ni siquiera se le había ocurrido la idea de que, indefenso como estaba, me atreviese a amenazarle de modo tan perentorio.

Conseguí lo que deseaba; engañar a Bucher. El suizo creyó que era yo el que dominaba a Marsh y no al contrario. Y actuó en consecuencia.

Oí el sordo «¡bing!» de sus gomas al distenderse y luego el terrorífico sonido de la flecha al hundirse en carne primero y en hueso después. Marsh lanzó un ronco grito y se puso rígido, estirando los brazos de modo mecánico.

El pandillero permaneció así durante un larguísimo segundo. Luego, muy lentamente, se desplomó a un lado.

Primero cayó de costado y después se volvió de cara al suelo. Al hacerlo, vi un palito brillante que sobresalía de su nuca. Pateó un poco convulsivamente, pero no tardó mucho en inmovilizarse para siempre. La flechita de acero lo había apuntillado con tanta seguridad como un matarife al toro en el matadero.

Para cuando ocurrió todo esto, ya me había puesto en pie.

—Un millón de gracias, Bucher —dije, avanzando hacia él.

El suizo lanzó un grito de rabia al comprender el engaño de que había sido objeto. Creyendo defender a su compañero, lo que había hecho era matarlo por equivocación. Buscó frenéticamente otra flechita en sus bolsillos.

Naturalmente, no le dejé utilizarla. Fui hacia él y le arreé un soberano puñetazo en la mandíbula que le derribó fulminado al suelo.

Inspiré fuertemente, tratando de recobrar el dominio de mis nervios después de la dura prueba a que habían sido sometidos. Agachándome sobre el caído, le despojé de las flechas y de las gomas, así como de una navaja de resorte y una pistola automática calibre cuarenta y cinco. Lo que sé dice un verdadero arsenal.

Me arriesgué a encender una cerilla y así pude recobrar mi revólver. Luego penetré en la casa.

Encendí la luz del primer cuarto y llamé:

—¡Doctor Wiggs!

Lo hice por compromiso nada más, puesto que ya daba por descontado que aquellos tipos habían hecho algo nada bueno con él. Había estado un par de veces en su casa, de modo que conocía la disposición ce la misma.

Fui derecho a su cuarto de trabajo. Wiggs estaba allí, como había supuesto.

Y, como había supuesto, muerto.

CAPÍTULO VIII

La causa determinante de la muerte del doctor Wiggs había sido una flechita de acero que luego había sido retirada de la herida, para no dejar tras sí rastros comprometedores. Aún se notaba en el pecho, sobre el corazón, la estrella de cuatro puntas que habían dejado en la carne las ranuras de la flecha que le había causado la muerte.

Los ojos de Wiggs estaban desmesuradamente abiertos por el terror. ¿A qué había temido el infeliz antes de morir?

De repente, me fijé en una libreta que había abierta sobre la mesa. Era como una especie de diario donde el doctor anotaba los hechos más salientes de su existencia. Faltaban de él unas cuantas páginas, arrancadas seguramente por los «gangsters».

Revisé rápidamente la libreta, sin encontrar nada interesante que pudiera arrojar alguna luz sobre el caso que trataba de dilucidar. Era indudable que Bucher y Marsh habían ido allí a tiro hecho, enviados sin duda por su jefe, «Dinero» Grant.

La muerte del doctor me indicó también una cosa: era peligroso haber depuesto como testigo en el proceso contra Lelia. Galaván y Wiggs habían muerto asesinados en el espacio de veinticuatro horas… ¿Quién seguiría más tarde aquel fatídico camino?

De repente, me acordé de que los dos pandilleros estaban en el jardín y que uno de ellos debía poseer las páginas arrancadas del diario. Abandonando la estancia, volví a la carrera hacia la ventana trasera del edificio.

Salté fuera. Bucher no estaba ya. Ni el cadáver de Marsh tampoco.

Resultaba patente que el suizo no había querido dejar rastros comprometedores a sus espaldas. Me hubiera gustado saber cómo se

las iba a arreglar para contar a su jefe el modo que había tenido de matar a Marsh y evitar que Grant le hiciese nada como represalia. Pero no podía andar perdiendo el tiempo en cálculos semejantes. Urgía avisar a la policía y luego marcharme de allí cuanto antes.

Una vez más entré en la casa, volviendo junto al muerto. Tomé un pañuelo y levanté el teléfono. Disqué el número de la policía y les solté la bomba.

Cuando regresaba a pie a la ciudad, me tropecé con el primer patrullero que acudía a la escena del crimen a todo correr, haciendo aullar su sirena. Vi en la parte delantera, junto al chofer, él estólido rostro del sargento Stracher, pero ni se fijó en mí siquiera.

Un poco más adelante entré en un bar. Mientras me preparaban un bocadillo caliente, fui a la cabina telefónica y, después de buscar convenientemente en la guía, disqué un número.

Me contestó una voz bronca y aguardentosa, con marcado acento italiano:

—Quiero hablar con su amo, eslabón perdido.

El pandillero me contestó con una soez imprecación.

—La suya el doble, hijo de perra —le dije en el mismo tono—. Dígale que soy Campshell y que tengo que darle una noticia interesante.

El fulano dudó un segundo.

—Espere —dijo al cabo.

El segundo de espera se multiplicó casi por treinta antes de que pudiera escuchar la voz de Grant.

—¿Qué desea de mí, maldito entrometido?

—Darle una noticia, microbio anémico. ¿Está por ahí su Guillermo Tell particular?

—No —contestó antes de que pudiera darse cuenta de la inconveniencia que cometía.

—Bien, debe andar muy ocupado ahora. Estará tratando de esconder el fiambre de Marsh.

Grant lanzó un rugido.

—¿Qué está diciendo, maldita sea?

—Estuve, en casa del doctor Wiggs. Pero llegué tarde; sus esbirros ya se lo habían cargado.

—¡¿Qué?!

La sorpresa de Grant me sorprendió a mí, valga la redundancia.

Parecía genuina.

—Escuche, Campshell, no sé de qué me está hablando. No tengo la menor idea. Yo no he enviado a Marsh ni a Bucher a ninguna parte, ¿se entera?

—¿Está seguro de lo que dice? —pregunté, bastante intrigado.

—Segurísimo. Puedo afirmárselo, por mucho que le cueste creerlo, juez. Oiga, ¿por qué no viene aquí y charlamos con más tranquilidad que por teléfono?

—No, gracias. Denegada la oferta por sospechosa.

—Le aseguro que nadie le hará el menor daño, juez —dijo Grant. Parecía sincero, cosa que me aturdía.

—De todas formas, insisto en permanecer tan lejos de usted como pueda… mientras pueda —afirmé.

—¿Qué hicieron esos dos tipos?

—Matar a Wiggs. Debió ser Bucher, a lo que parece. Y luego mató a Marsh, confundiéndolo conmigo. Ahora debe andar, como ya dije antes, la mar de entretenido tratando de deshacerse del cadáver de Marsh.

Grant soltó una obscena imprecación. Luego añadió:

—Escuche, juez, venga por aquí. Le prometo…

—No prometa nada, que no pienso hacerle el menor caso. Adiós —y colgué antes de que pudiera seguir hablándome.

Salí fuera de la cabina y devoré el bocadillo en silencio, acompañándolo con una botella de cerveza. Tomé una taza de café, aboné el gasto y salí del bar, pensando en la conveniencia de alquilar un coche por unos cuantos días.

Caminaba por la acera, completamente abstraído, cuando de pronto percibí una voz que pronunciaba mi nombre.

—¡Señor Campshell!

Volví la cabeza. Denkins asomaba la suya por la ventanilla del automóvil que tripulaba.

—¿A dónde va tan serio, juez?

—En busca de un automóvil. El mío está en reparación y, francamente, no sé si venderlo por lo que me den y comprarme otro. Temo que la factura del mecánico alcance proporciones exorbitantes a juzgar por lo que tarda en repararlo.

—Bien, ¿y por qué no usa el mío, entretanto?

Vacilé. La oferta era tentadora.

Denkins resolvió mis dudas, saliendo del coche y alargándome las llaves.

—Tome, yo tengo otro. Por unos días puedo prescindir de éste. —Se volvió ligeramente y dijo por encima del hombro—: Salga, Medbury.

Respingué. Un hombre apareció por el otro lado. Era el director del «Sentinel» y hasta entonces no había reparado en su presencia.

Medbury estrechó mi mano con fuerza.

—Todavía no había tenido ocasión de saludarle, juez —dijo—. Permítame que le felicite por lo que hizo. Esto por un lado; por otro, deploro vivamente la lastimosa situación en que se encuentra Lelia.

—Muchas gracias.

—Si desea algo de mí, pídalo sin vacilar —añadió Medbury—. Puedo poner, incluso, el periódico a su disposición, para publicar lo que le parezca más conveniente. Habrá, visto que apenas si hemos comentado su dimisión y, por supuesto, no hemos dicho nada acerca de sus propósitos de esclarecer la muerte de Mac Ball.

—En cambio —dijo Denkins con vehemencia—, los del «Citizen» se han ensañado con usted. ¡Cómo me gustaría poder cerrarles ese vertedero de inmundicias y arrojarlos a todos a la calle!

—Bueno, la libertad de expresión está permitida… —Sonreí de mala gana.

—De todas formas —siguió Denkins—, si me encuentro un día con ese cerdo de Tolliver le machacaré las narices a puñetazos.

—El señor Medbury es muy afortunado al no contarle en su personal de redacción —murmuré—. Gracias a los dos por todo.

Y sin ganas de continuar mi charla, me metí en el coche y arranqué.

Hubo de pasar un buen rato antes de que me diera cuenta de que conducía de una forma por completo ilógica, sin rumbo alguno. Entonces frené delante del primer bar que encontré, metiéndome en una cabina telefónica.

La campanilla del teléfono opuesto sonó una docena larga de veces antes de que una voz entre airada y somnolienta me diese la respuesta.

—¡Oiga, amigo, éstas no son horas para ir despertando a la gente! —protestó Merten, el dueño de la armería.

—Perdóneme —dije humildemente—. Soy Hal Campshell. Esta tarde me olvidé de pedirle un detalle muy importante.

—Está bien —manifestó el vejete con resignación—. Usted me ha caído simpático. ¿De qué se trata?

—Por favor, querría saber el domicilio de la señorita Corliss. Usted debe tenerlo registrado en el libro de ventas. Ah, y el número de la pistola también.

—Un momento, un momento. Vuelvo enseguida, no cuelgue.

—Está bien.

Merten tardó un minuto largo en darme la respuesta.

—Suzy Corliss dio como domicilio el número 723 de Northwest Trail Street.

¡El mismo edificio de Mac Ball!

La voz del armero continuaba facilitándome detalles.

—… Y el número de la pistola era noventa C setecientos quince mil ochocientos diecisiete.

Lo repetí mentalmente, en tanto anotaba los guarismos en un trozo de papel.

—Un millón de gracias, señor Merten.

Salí del bar completamente desconcertado. De modo que Suzy Corliss vivía en la misma casa que Mac Ball… ¿Qué misterio encerraba todo aquello?

Había una forma de averiguarlo.

CAPÍTULO IX

El conserje me miró de muy mala manera al ser despertado a hora tan intempestiva.

—¿Qué diablos desea? —rezongó con una carencia absoluta de amabilidad.

Metí la mano en el bolsillo y empecé a mirar las grecas de un billete de diez dólares. El rostro del conserje se humanizó un tanto.

—¿Diga, señor?

—¿Cuál es el apartamiento de la señorita Corliss?

—Verá, señor, yo…

Empecé a mirar el segundo billete.

—Es el diez C —dijo con voz estrangulada el conserje—. Pero ahora no está —añadió rápidamente, sin perder de vista los billetes.

—Ya lo sé. Está actuando en el «Indiana» —murmuré, agregando una tercera «hoja de lechuga» a las anteriores—. Quiero esperarla en su apartamiento. Soy un gran admirador suyo, ¿sabe?

La codicia pudo más que todo. El conserje alargó una garra y atrapó sólidamente los billetes.

—Venga conmigo, señor —dijo—. Usaré la llave maestra, pero, por lo que más quiera, no me descubra.

—Seré tan clásicamente mudo como la no menos clásica tumba —dije festivamente.

Cinco minutos más tarde, el ascensor nos depositaba en el piso correspondiente. El conserje abrió la puerta del apartamiento y luego huyó a la carrera.

—Yo no sé nada, yo no he visto nada —declaró farfallosamente.

Sonreí, mientras cruzaba el umbral. Penetré en el vestíbulo, completamente idéntico al de Mac Ball, aunque de una disposición en sentido inverso, y examiné el interior. La decoración era

semejante; casi lo único que variaba eran los temas de los cuadros pendientes de la pared.

Recorrí el apartamiento sin encontrar nada de particular que no pudiera hallarse en casa de una individua como Suzy Corliss. Mucha ropa de encaje, tan opaca como el vidrio de ventanas, muchos frascos de perfumes y algunos libros, ninguno de los cuales pasaba de ser historietas de vaqueros o novelas policíacas de tipo tremebundo.

La cocina estaba limpia. Abrí la nevera, encontrándola prácticamente vacía. Apenas si había una botella de leche, varios melocotones y una triste chuleta abandonada a su suerte en aquel desierto de frío. Cerré la puerta y volví al interior del pisito.

Miré por la ventana a la calle. Del apartamiento a ésta había una altura de nueve pisos. La ventana del apartamiento de Mac Ball estaba situada al lado, pero no había una cornisa de adorno que permitiese el paso de uno a otro.

Estaba seguro de que ambos, apartamientos se comunicaban. Después de saber que Mac Ball y Suzy habían vivido pared por medio, me parecía imposible que no hubieran establecido entre ellos una comunicación distinta de las puertas de entrada respectivas.

Como de momento no podía resolver aquel problema, por más que me esforzara, regresé al vestíbulo, buscando algo de beber, que no tardé en encontrar. Luego me senté en el diván, frente televisor, distrayéndome con las peripecias de unos astronautas perdidos en la Luna y sin oxígeno.

Una hora más tarde, me levanté y me dirigí al baño. Cuando fui a lavarme las manos, advertí que el grifo del agua estaba muy prieto y no podía abrirse.

Forcejeé unos segundos, dando a derecha e izquierda, con el fin de ablandar aquella llave reacia. De pronto sonó un chasquido y el lavabo se puso a girar sobre unos goznes tan invisibles como silenciosos.

Abrí la boca, completamente estupefacto. No era sólo el lavabo, sino todo el panel completo, desde el espejo hasta el suelo, lo que giraba como si fuese una puerta, dejando ver un espacio negro y silencioso delante de mis propias narices.

En un segundo lo comprendí todo. Aquélla era la puerta de

comunicación entre los dos apartamientos, no cabía la menor duda. Encendí una cerilla, viendo que al otro lado había una especie de panel de madera que descorrí a un lado.

Pasé bajo el dintel, hallándome en una habitación muy pequeña, contigua al otro cuarto de baño, destinada indudablemente a guardar maletas y trastos viejos.

Busqué el interruptor de la luz. Desde afuera, era un simple armario y nadie que no conociera el secreto podía suponer que por aquel sitio se pasaba al otro apartamiento. Como no se me había perdido nada allí, al menos por el momento, regresé al piso de Suzy, después de haber borrado cuidadosamente todas las huellas de mi paso por aquel lugar.

Me serví otro *whisky*. ¿Qué relación había existido entre Suzy y el muerto?

No tardaría mucho en decírmelo la propia interesada. Posiblemente, antes de cinco minutos podría saberlo, porque apenas había tomado el primer sorbo de licor, oí el ruido de la llave al penetrar en la cerradura.

Suzy penetró en el vestíbulo y cerró la puerta con doble vuelta de llave. Luego se volvió y entonces me vio a mí sentado tranquilamente en el diván.

—Hola —saludé, levantando el vaso—. No le digo si quiere que le prepare una dosis, porque sé por experiencia lo peligroso que es hacer tal cosa para usted.

Suzy tardó unos segundos en recobrar el aliento. Cuando lo hizo, llenó sus pulmones de tal forma que me extrañó no oír el chirrido de la tela que cubría su prominente busto al rasgarse.

—¿Qué demonios hace aquí? —preguntó con voz carente de amabilidad—. ¿Cómo ha sabido mi dirección? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Quién le ha abierto la puerta?

—Calma, hermana —dije tranquilamente—. Venga acá y póngase cómoda. Luego hablaremos de todo eso. Antes quiero hacerle unas preguntas.

Sus ojos despidieron fulgores homicidas. Sin pronunciar palabra, cruzó el vestíbulo y se dirigió al interior.

—Si va a llamar a la policía —dije, alzando la voz a medida que ella ganaba terreno—, habrá que decirles también por qué Lelia Rhantyne enseñó una licencia de armas a nombre de Suzy Corliss,

para adquirir la que le sirvió para matar a Mac Ball.

Mis palabras la detuvieron en seco. Volvióse muy lentamente, con el rostro blanco como el papel.

—¿Cómo lo ha sabido? ¿Quién se lo ha dicho?

Hice un gesto displicente. Bebí un trago antes de contestar:

—Un pajarito. Ande, venga acá y siéntese a mi lado. Si me promete no echarme el licor a los ojos otra vez, le serviré una dosis.

Remoloneó un poco. Al fin, arrojó a un lado la costosa estola de piel que llevaba y vino hacia mí.

—Deme un cigarrillo —pidió con voz ronca.

Llevaba un vestido negro, cuya y centrad era de lo más audaz que he visto en materia de escotes, y que dejaba sus hombros completamente al descubierto. Su piel era blanquísima, tersa, de una blancura lechosa que atraía sobremanera. Comprendí que «Dinero» Grant anduviera loco por aquella pécora.

Le entregué el vaso lleno a medias. Ella lo vació de un solo golpe y me lo alargó de nuevo.

—Llénelo —dijo.

Obedecí. Esta vez fue más comedida y sólo despachó la mitad de la dosis.

—Está bien —dijo con voz prieta—; hable de una vez.

—Recuerde el proceso contra mi prometida. Connor, el dependiente de la armería Merten, declaró haber vendido el arma a Lelia. Pero en el registro figura su nombre, Suzy. ¿Cómo se explica usted eso?

—¿Le gustaría que le dijera que Lelia y yo éramos viejas conocidas?

—¿Viejas? —repetí—. Ninguna de las dos pasa de los veinticinco años.

—Yo tengo veintiséis —confesó ella—. Pero eso no importa —volvió a beber—. Hacía ya mucho tiempo que nos conocíamos, años, casi cinco.

—¿Y…?

—Ella me dijo un día que necesitaba una pistola y que si yo podía proporcionársela. Le pregunté para qué y me dijo que simplemente por el gusto de tenerla. Entonces le dije que no podía hacer nada por ella; pera Lelia insistió tanto que al fin tuve que complacerla.

—¿Y qué es lo que hicieron exactamente? Cuéntemelo todo, sin omitir detalle. Luego me explicará los motivos de su conocimiento.

—No hay mucho que contar, Hal —dijo, llamándome por mi nombre por primera vez—. Ya le he dicho que Lelia y yo éramos amigas. Claro que aquí, aunque sabíamos de nuestra mutua existencia, fingíamos no conocernos. Ella era una chica respetable, lista para casarse con un ciudadano prominente, en tanto que yo…

Expulsó el humo con gesto desdeñoso y siguió:

—Bien, me quedé de piedra cuando vino a verme y nada menos que para pedirme un arma. Se la negué en un principio, pero ante su insistencia claudiqué y le cedí el permiso. Naturalmente, el arma fue adquirida a mi nombre. Ella, compréndalo, no podía dar el suyo para no comprometerle a usted.

—Bastante me comprometió disparando contra Mac Ball —mascullé entre dientes. Levanté la voz—: ¿Quiere decir que tenía un permiso de armas y no lo había empleado hasta entonces?

—Así es, aunque a usted le parezca lo contrario.

Me froté la mandíbula. Aquello, en lugar de aclararse, me parecía cada vez más oscuro.

—¿Puedo usar su teléfono? —dije de pronto.

Ella se sorprendió, pero acabó accediendo.

—Haga como si estuviera en su casa. Mientras tanto, yo me cambiaré de ropa.

—Muy bien —aprobé, y salí del vestíbulo en busca del teléfono.

Los apartamientos eran, alquilados con muebles, de modo que era idénticos en todo. También aquél tenía su despacho, aunque era obvio que Suzy no lo usaba sino para telefonear, y por lo que me parecía, contadas veces. Me senté tras la mesa y disqué el número de la Jefatura de Policía.

Dije al telefonista que quería hablar con el encargado de la guardia nocturna. Éste, suerte mía, resultó ser el sargento Stracher. Le expresé mis deseos y el hombre, extrañado, accedió.

—Le llamaré dentro de cinco minutos —dijo.

Colgué. Encendí un cigarrillo mientras esperaba allí mismo, tratando de hacer encajar las piezas de aquel abstruso rompecabezas que nadie, me parecía, podía comprender.

Al cabo de un par de minutos de espera, empecé a distraerme con los objetos que tenía más a mano.

Jugueteé con un artístico cortapapeles, miré las tapas de un par de libros que había al alcance de mi mano y acabé sintiendo la curiosidad de examinar los cajones de la mesa de despacho tras la cual me hallaba sentado.

Desde allí pude oír el vivo taconeo de la chica que se dirigía al cuarto de baño. Esperé a que Suzy cerrara la puerta y cuando hube percibido el chasquido, empecé a mirar los cajones con detenimiento, uno por uno.

Allí no había nada más que facturas sin importancia para el que no había tenido que pagarlas, claro está, porque el volumen de alguna de ellas erizaba los cabellos. Por supuesto, «Dinero» Grant se lo gastaba con la pelirroja o ésta se lo hacía gastar, vaya usted a saber.

Miré todos los cajones de la derecha, sin encontrar nada de particular. En el lado izquierdo sólo había polvo. El cajón central…

Estaba cerrado con llave.

Me sorprendí, porque no parecía lógico, dadas las circunstancias. Tiré una y otra vez, hasta convencerme de que no podría abrirlo por las buenas.

Vacilé unos segundos. Aunque muy atenuado, el ruido de la ducha llegaba claramente a mis oídos. Era preciso aprovechar la ocasión.

Agarré el cortapapeles y lo usé como palanca. Después de un par de intentonas, conseguí forzar la cerradura.

Allí no había nada de particular tampoco, excepto una pistola y los elementos necesarios para limpiarla, así como un cargador de repuesto y una caja con veinticinco cartuchos. La pistola tenía las cachas de nácar, era niquelada, como hecha a propósito para ser usada por una mujer, y su calibre era el treinta y dos.

El mismo calibre que la pistola que había servido para matar a Mac Ball.

Fui a tocar el arma, pero me contuve; no quería dejar mis huellas sobre la misma. Saqué el pañuelo del bolsillo, pero en el momento sonó el timbre del teléfono.

Tan olvidado estaba de la llamada que aguardaba que di un respingo en el asiento. Luego, tranquilizado, descolgué el aparato.

—¿Sí?

—¿Señor Campshell? El número de la pistola ocupada a la

señorita Rhantyne es el noventa C setecientos quince mil ochocientos catorce.

—… Ochocientos catorce. Gracias —murmuré mecánicamente, volviendo a colgar y cerrando el cuaderno donde lo había anotado.

Entonces, y por medio del pañuelo, tomé la pistola que había allí.

Miré su número. Era el noventa C setecientos quince mil ochocientos diecisiete. El mismo que Connor había vendido a Lelia.

Me guardé la pistola en el bolsillo, cerrando con cuidado el cajón, a fin de hacer pasar inadvertida la sustracción durante el mayor tiempo posible. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué no coincidían los números?

No, esta pregunta no estaba bien, expresada. ¿Por qué tenía Suzy el arma que había comprado Lelia?

De repente, sonó la puerta del baño. Me puse en pie y salí de la habitación con paso normal.

Suzy llegaba al vestíbulo en aquel momento. Llevaba una bata de baño puesta sobre la piel y no le importaba mucho enseñar las piernas hasta más arriba de las rodillas.

—Hola —sonrió encantadoramente—. ¿Por qué no me prepara un trago, Hal?

Vacilé en hablarle del asunto. Pero no me sentía capaz de hacerlo en aquellos momentos. Prefería dejar reposar mis pensamientos hasta haberlos aclarado un tanto.

—Bueno —le dije.

Ella se marchó a su dormitorio y yo busqué la botella y los vasos. En la frigorífica encontré hielo y puse un par de cubitos en cada uno de los vasos.

Suzy volvió minutos después, más bella que nunca. Cubría su hermoso cuerpo con una negligé sumamente transparente y vaporosa, que no proporcionaba apenas trabajo a la imaginación. Me sonrió, en tanto se sentaba tentadoramente a mi lado, con las piernas sobre el diván, escondidas bajo el cuerpo.

—Dame el vaso, querido —murmuró con voz suave, sedosa. Se lo di y ella bebió lentamente, clavando sus verdes pupilas en las mías—. ¿Sabes que eres un tipo estupendo, Hal? Ahora comprendo por qué Lelia estaba tan loca por ti.

Tomé un sorbo de mi bebida. Luego dije:

—Habíamos quedado en que me hablarías del modo cómo os habíais conocido en tiempos, Suzy.

—¿Por qué no olvidamos cosas pasadas, Hal? —murmuró ensoñadoramente—. Ya tendremos tiempo de enfrentamos con lo desagradable de la vida. —Me echó los brazos al cuello, mirándome desde unos centímetros de distancia—. Tú amas a una mujer con locura y yo no puedo ser para ti, pero…, podemos olvidarnos del presente durante unos segundos, hacer abstracción de cuanto nos rodea, Hal. Eso no es traicionar a nadie, querido.

Empecé a sentir la sugestión de sus pupilas llenas de sensual magnetismo. El aliento de Suzy quemaba y su seno palpitaba con violencia. Desde el lugar en que estaba, la visión de lo que había al otro lado del escote de la negligé era magníficamente perturbadora.

Dejé el vaso sobre la mesita contigua y rodeé su talle con mis brazos. Ella se apretó furiosamente contra mí.

—Bésame, querido, bésame —murmuró con tórrida acento.

Bajé la cabeza. Nuestros labios se unieron en un fogoso beso. Su mano se crispó sobre mi nuca con dañina presión que no sentí siquiera.

Durante unos segundos, ¿diez?, ¿un millón?, permanecimos completamente ausentes de cuanto nos rodeaba. Tan ausentes, que no nos dimos cuenta de que había en la estancia alguien más que nosotros, hasta que oímos una voz llena de sarcasmo.

—¿Interrumpo?

CAPÍTULO X

Suzy lanzó un chillido de susto y se puso en pie de un salto. Yo hice lo mismo, maldiciendo del importune y de su personalidad.

La pelirroja trató de ocultar con la negligé lo que era casi imposible de ocultar con un ropaje semejante. Plantado en el centro de la habitación, erguido sobre la triple suela de sus zapatos, estaba «Dinero» Grant.

Los ojos del jefe de pandilla arrojaban lumbre. En su rostro se advertían aún las huellas del puñetazo que le asestara la noche anterior. Parecía sereno, pero era evidente que en su interior vibraba la cólera más acerba.

—Bien —dijo con voz tan cortante como el filo de una navaja de afeitar— y ahora, ¿querrás explicarme lo que estabas haciendo, perra?

—Un momento —exclamé, adelantándome—. No eche la culpa a la señorita Corliss. Todo lo que tenga que decirle a ella, puede decírmelo a uní, Grant.

—Antes le dije que viniera a verme a mi despacho y no quiso, Campshell.

—Bien, ya estamos frente a frente. Ahora podemos hablar tranquilamente de nuestras cosas, ¿no le parece?

Desesperadamente, trataba de ganar tiempo y distraer su atención. Pero el tipo no cayó en la trampa.

—Hablaremos de aquel tema cuando a mí me convenga —repuso con voz carente de entonación—. Ahora tenemos otro asunto que resolver.

Suzy sudaba copiosamente. Adelantó un paso.

—Grant, te juro…

El «gángster» movió la mano izquierda. Sonó un chasquido y

Suzy se tambaleó alarmantemente.

Lleno de ira, fui a lanzarme sobre él, pero me contuvo por el expeditivo procedimiento de enseñarme un revólver.

—Quieto, juez —dijo—. Un paso más y le taladro la barriga. Le he encontrado aquí, haciéndole el amor a mi chica y no crea que voy a tolerar que uno y otro se burlen de mí. Ya le dije que la dejara en paz. No ha hecho caso, de modo que aténgase a las consecuencias. ¡Ponga las manos sobre la cabeza!

Obedecí.

—Tú, también —se dirigió a Suzy, que estaba aterrada.

Hubo un instante de silencio.

—¿Piensa asesinamos? —pregunté.

—Digamos liquidar un problema enojoso —respondió el pandillero.

—Enojoso, ¿en qué sentido?

—Eso no le importa a usted, maldito entremetido, Caminen los dos delante de mí y no intenten nada sospechoso, porque les agujerearé el pellejo sin vacilar.

—Claro —dije con calmoso acento—. Y luego, a través del lavabo del baño, nos pasará al apartamiento que fue de Mac Ball, ¿verdad?

Grant calló un momento. Luego, rugiendo de cóleraˆ exclamó:

—¿Quién se lo ha dicho?

Me eché a reír.

—Bueno, uno no es tonto y sabe usar el cerebro algo más que para consumir aspirinas, Grant. Desde luego, Suzy no ha sido; eso se lo garantizo yo.

—Es lo único que dice verdad —masculló el «gángster» iracundo —. Pero no importa. Ella no lo sabe y no lo sabrá nunca.

—Y yo que lo sé, lo olvidaré muy pronto para siempre, ¿no es así?

—Exactamente. Entren en el despacho, pronto.

Hicimos lo que nos mandaba. Con rápido gesto, Grant pasó al otro lado sin dejar de encañonarnos con la pistola.

—Coja el teléfono —me ordenó.

Hice lo que me decía.

—Marque
WEst-4510.

Disqué el número. Al terminar, Grant me pidió el auricular.

Se lo di arrojándoselo al rostro, al mismo tiempo que me echaba a un lado.

Sonó un pistoletazo, no muy fuerte, algo así como una palmada. La bala se estrelló contra el techo, despidiendo una lluvia de cascotes. Sin apenas solución de continuidad, sin darle tiempo a reaccionar, le arrojé el resto del aparato contra el pecho, derribándole de espaldas.

Pasé por encima de la mesa de un salto, apoyándome con una sola mano. Mi pie chocó con su mandíbula, dejándole completamente inconsciente.

Respiré hondo. Todavía no acababa de creer en mi buena suerte. El propósito de Grant era habernos mantenido allí vigilados hasta que llegaran sus compinches, cosa que había impedido con mi oportuna actuación.

Me volví hacia la pelirroja, Suzy temblaba convulsivamente.

—Vístete —dije.

—¿Qué? —contestó con expresión vacua.

—Que te vistas. Éste, fulano no tardará en despertarse y entonces no te arriendo la ganancia.

Sorprendentemente, Suzy meneó la cabeza en sentido negativo.

—No. Me quedo —dijo—. No se atreverá a tocarme, te lo aseguro.

—¿Estás loca? Cuando vuelva en sí…

El color afluía de nuevo a las mejillas de la pelirroja. Sonrió, enseñándome les dientes.

—Yo conozco a los tipos como éste —dijo—. Gritan mucho y a veces pegan, pero ahí se les va toda la fuerza. Déjalo de mi cuenta, te lo aseguro.

Levanté los hombros.

—En fin —murmuré—, si tú lo quieres… Pero si yo estuviera en tu pellejo, liaría el petate y me largaría de aquí a quinientas millas por hora.

—Le gusto demasiado para hacerme nada —contestó, poniéndose una mano en la cadera, de modo que resultara el busto firme y turgente—. Gritará, chillará, pero cuando le diga que te traje aquí para sonsacarte y que su inoportuna intervención impidió que siguiera adelante, acabará por callar. Ya lo verás, guapo —dijo,

pellizcándome la mejilla.

—Muy segura estás de lo que dices —murmuré—. Bueno, yo me marcho. Ya te las apañarás como puedas cuando se despierte.

—Puedo mucho, de verdad —sonrió.

Me acompañó hasta la puerta. Una vez allí, me eché los brazos al cuello.

—Lástima no haberte, conocido antes —musitó, un segundo antes de aplastar con furia sus labios contra los míos.

Después, puso ambas manos sobre mi pecho y me empujó con fuerza.

—Vete —dijo con vos ronca.

Y me fui.

Llegué a mi casa bastante fatigado. Me dispuse a ducharme, permaneciendo un rato bajo el agua helada, hasta tranquilizar mis nervios alterados. Luego me sequé y sin más dilaciones me fui a la cama, durmiéndome en el acto como un tronco, pese a mis numerosas preocupaciones.

Dormí largas horas. El día estaba ya bien entrado cuando desperté, notando la curiosa sensación de no hallarme solo en la estancia.

Durante unos momentos, permanecí con los ojos cerrados, como queriendo huir de la realidad, lo mismo que los chiquillos se esconden bajo las mantas para huir de los fantasmas que pueblan sus temores nocturnos. Finalmente, tuve que admitir que aquélla no era una actitud razonable y que debía enfrentarme con la realidad, por dura y desagradable que ésta fuese.

Abrí los ojos y vi tres rostros mirándome fijamente, en silencio. Sus dueños estaban a los pies de la cama y guardaban un mutismo absoluto, lo que me infundió un pánico superior que si hubieran armado un alboroto de todos los demonios.

Los tres individuos eran los acólitos de confianza de Grant y permanecían estólidamente frente a mí, quietos, ominosamente quietos. Bucher, Issy y el Italo parecían un tribunal dispuesto a condenarme a la horca por mis crímenes, sin tener la menor piedad de mí.

Durante unos momentos, el silencio no sólo continuó, sino que incluso aumentó, haciéndose denso y espeso como jarabe. Luego, Issy lo rompió, preguntando:

—¿Dónde está la pistola?

CAPÍTULO XI

Me senté en la cama, tratando de ahuyentar las últimas brumas del sueño.

—No sé de qué me habla —dije—. Lo único que sé es que tengo delante de mí tres bastardos que han penetrado en mi casa sin permiso y que voy a llamar a la policía para que los barra de aquí, a puntapiés.

Salté de la cama, pero no pude dar un solo paso. Bucher movió, las manos rápidamente.

—Quieto, juez —dijo.

Le miré las manos. Una ola de hielo líquido me corrió por la espalda. El tipo tenía repuesto de gomas y flechas.

—Anoche se llevó usted una pistola de cierto lugar que no es preciso mencionar aquí —expresó—. Queremos que nos la entregue en el acto.

—Puedo negarme a ello —dije.

Bucher atirantó las gomas. Miré sus manos; la flecha apuntaba directamente a mi estómago, a la parte blanda del cuerpo. La varilla de acero penetraría en aquella región de mi anatomía con toda facilidad, saliéndome por la espalda sin grandes obstáculos.

—Niéguese —dijo.

Tragué saliva. Es fácil decir las cosas; lo difícil es cumplirlas.

—¿Qué ha hecho de Marsh? —pregunté, tratando de desviar la cuestión.

—Eso no es cuenta suya, fisgón —repitió el forajido—. La pistola. Y no pienso pedírsela más.

Era forzoso acceder a sus demandas. Me estaba bien empleado, por haber querido desempeñar el papel de lobo solitario. Si al salir de casa de Suzy se la hubiera entregado a Stracher, contándole la

historia, las cosas podrían haber cambiado notablemente.

—Está en el bolsillo de mi chaqueta, una de color gris que verán en el ropero.

—Issy —dijo secamente el suizo.

El pistolero de belfo saliente obedeció. Hizo descorrer la puerta del armario y buscó entre mis ropas, hasta obtener lo que quería.

—Ya está, Tell —dijo.

—Bien. —El suizo aflojó la tensión de las gomas—. Guárdatela.

—Sí, chico.

Bucher guardó las gomas y la flecha en el bolsillo. Luego avanzó hacia mí.

—El señor Grant me ha encargado que le diéramos un recado —manifestó, a la vez que alargaba el puño hacia mí.

Los nudillos de hierro del difunto Marsh habían apareció repentinamente en su mano, como por arte de magia. Vi aumentar de tamaño aquel puño, buscándome venenosamente la mandíbula.

Logré desviar a tiempo la cara, pero no pude impedir que las cuatro puntas de acero me golpearan el hombro, haciéndome lanzar un salvaje aullido de dolor.

Caí de lado sobre la cama. Por extraño que pueda parecer, no se me quedó el brazo paralizado, al menos de momento. Lo único que sentía era un vivísimo dolor en el lugar afectado por el golpe, lo cual me lleno de ira, haciéndome incorporar en el acto.

Bucher me disparó otro golpe. Esta vez pude atraparle la mano y se la retorcí cruelmente, sin preocuparme demasiado de sus huesos, que crujieron alarmantemente. Giró sobre sí mismo con rapidez y le apliqué el pie al final de la espalda, arrojándolo sobre Issy.

Los dos cayeron al suelo en informe montón, aullando y blasfemando como poseídos, agitando ridículamente los brazos y las piernas. Apenas había sucedido esto, sentí crujir los muelles de la cama a mis espaldas.

Me volví en redondo. El italo se arrojaba sobre mí, enarbolando una corta cachiporra. Le dejé que me cayera encima y en el momento oportuno, detuve su brazo, a la vez que hundía el puño derecho en su estómago.

El tipo boqueó agónicamente en pie sobre la cama. Era tan menudo como el propio Grant, lo cual me hacía quedar a un nivel ligeramente inferior al suyo. Por supuesto, su brazo quedaba en alto

parejamente con el mío. Y no solté la presa un solo instante, mientras le castigaba el estómago repetidas veces.

El cuerpo del menudo pandillero se aflojó de pronto. Lo solté, dejándolo caer hacia adelante. Levanté la rodilla, con lo que él mismo se machacó las narices. Gruñó algo y se dejó caer al suelo totalmente inconsciente.

En aquel momento, Issy se arrojaba sobre mí. Sus ojos relucían con ansia asesina, más aún que el afilado estilete que empuñaba en su mano derecha.

Retrocedí, sintiendo que el estómago quería actuar por su cuenta, largándose del interior de mis tripas. El pandillero avanzó con el brazo extendido, dispuesto a moverlo de abajo arriba y ponerme los intestinos al descubierto.

De pronto se arrojó sobre mí. Salté lateralmente, esquivando el golpe. La mano de Issy pegó en el vacío. La mía no. Bajó de filo, con todas mis fuerzas, golpeándole rudamente en la nuca. Issy lanzó un aullido y se desplomó de bruces.

En aquel momento percibí con el rabillo del ojo la actuación de un nuevo enemigo. Giré en redondo, solamente para percibir una masa oscura que avanzaba raudamente hacia mi cráneo.

Algo me explotó detrás de la oreja izquierda. Sentí un ruido atronador dentro de mi cerebro y luego me desplomé totalmente sin sentido.

Me desperté mucho más tarde, sintiendo unas terribles punzadas en el lugar afectado. Algo frío pareció alejar durante unos momentos el dolor que me fustigaba salvajemente.

—Vamos, vamos —dijo una voz suave y cariciosa—, no ha sido nada. Despierta, niño, despierta, que ya es la hora.

Unos labios cálidos y jugosos se aplastaron contra los míos de modo voraz. Sentí contra mi pecho el cálido contacto de un seno firme y joven. Abrí los ojos.

Suzy se separó de mí un par de centímetros. Respiraba anhelosamente.

—No lo puedo remediar —dijo con voz ronca—. Me desmando en cuanto te echo la vista encima, chico.

Quise hablar, pero me sentía tan débil que no tenía fuerzas para hacerlo siquiera. No obstante, pude darme cuenta de que estaba tendido en mi propia cama, con la cabeza apoyada por el lado

izquierdo en una bolsa de hielo. Los dolores se alejaron un poco.

Escuché el taconeo de Suzy que iba y venía. Luego, su mano me levantó por la nuca. Un vaso me rozó los labios.

—Bebe, querido —dijo.

El licor me cayó en el estómago como un chorro de fuego. Pero me reanimó, que era lo importante. Empecé a sentirme ligeramente mejor.

Ella se sentó en el borde del lecho.

—¿Qué te ha sucedido? ¿Quién te ha pegado tan brutalmente?

—Bucher —contesté.

—Guillermo Tell, ¿eh? —dijo con los labios prietos.

—¡Ajá!

—¿Por qué?

—Venían buscando una pistola.

Los ojos de Suzy se abrieron desmesuradamente.

—¿Una pistola?

—Sí. La que tenías tú en la mesa de despacho donde está instalado el teléfono en tu apartamiento.

—¿Que yo tenía…? Oh, Hal, ¿es que te has vuelto loco? Explícate, por el amor de Dios, o seré yo la que se vuelva loca.

—¡Cómo! ¿Es que no sabías que en el cajón central de tu mesa había una pistola?

Su sorpresa parecía genuina.

—Ni idea. Apenas uso la mesa, ni siquiera para telefonear.

—Entonces las facturas que había en los otros cajones…

Encogió los hombros.

—Las tiro yo allí una vez pagadas. Pero nada más. ¿Dices que una pistola?

—Sí. La que vendieron a Lelia el veinte de mayo de este año en la armería Merten.

—No lo comprendo, Hal, no lo comprendo. ¿Cómo va a estar en aquel sitio la pistola que compró Lelia si la usó para matar a Mac Ball y la policía se hizo cargo de la misma cuando ella fue detenida?

Me senté, en la cama y la miré fijamente.

—Me gustaría saber —dije— hasta dónde llega tu engaño, Suzy.

—¡Hal!

—No te hagas la pudibunda ahora —exclamé duramente, La herida empezó a darme unos latidos tremendos, pero procuré hacer

caso omiso—. El apartamiento de Mao Ball y el tuyo se comunican por una puerta secreta que hay en tu cuarto de baño. Y la pistola que compró Lelia, insisto, estaba en el cajón central de tu mesa de despacho. Eso es lo que buscaban los esbirros de tu…, de Grant.

Suzy abrió unos ojos como platos.

—Hal —dijo lentamente—, puede que no me creas, pero hasta ahora he ignorado la existencia de esa comunicación secreta y la de la pistola.

—Entonces —murmuré— forzoso será admitir que las dos cosas eran usadas por Grant. ¿Va mucho por tu apartamiento?

Ella enrojeció vivamente.

—Hal, hay cosas que no se le deben preguntar nunca a una dama.

—La vida de Lelia está en peligro.

—¿Qué beneficios puede reportarte el que yo te cuente las veces que va Grant a visitarme allí?

Agité las manos, en señal de calma.

—Está bien, está bien. Haremos como el fiscal cuando el defensor le formula alguna protesta. Esto es, formularé la pregunta de distinta manera. En alguna ocasión. ¿Grant ha ido a tu apartamiento sin que tú te encontraras en él?

—Es claro, puesto que tiene una llave. Hay veces que me lo encuentro allí esperándome.

—¿Estaba el día en que mataron a Mac Ball?

—No lo sé. ¿Cómo quieres que me acuerde?

—Haciendo un esfuerzo —dije secamente.

Se puso en pie. Apoyó la barbilla en una de sus manos y empezó a pasearse lentamente de un lado para otro.

—Mac Ball murió el veintidós de mayo. A las cinco y cuarto de la tarde, según la declaración de Galaván —dije.

—Espera. Ese día… sí, creo que ahora me acuerdo. Es cierto, salí de casa a mediodía; tenía que probarme unos vestidos en el modisto. Lo hice y luego me fui a la peluquería. Entre unas cosas y otras, cuando terminé, eran ya las siete de la tarde. Con que ya no volví por casa, sino que me dirigí directamente al Indiana. Es obvio que no puedo saber si Grant había estado o no en mi apartamiento.

—¿Se encontraba ya en el local cuando tú llegaste?

—Pues… la verdad, no lo sé, porque me dirigí directamente a mi

camerino. No lo vi hasta las ocho y media de la noche, más o menos.

Hice un gesto de desaliento. Aquello no nos resolvía nada.

—Bien —dije—, tendré que mirar por otro sitia Ahora, dime a qué has venido aquí.

—Estuve llamándote durante un buen rato, Hal. En vista de que no me contestabas, temí algo malo y vine corriendo a verte.

—¿Qué dijo Grant cuando despertó?

Ella sonrió mientras, ahuecándose él pelo, ponía de relieve la rotunda protuberancia de su busto.

—Nada, ¿qué querías que dijera? Pateó un poco, pero acabó callándose.

—De acuerdo. Me alegro, y ahora, dime, ¿cómo empezó tu conocimiento con Lelia?

El rostro de Suzy se enserió de pronto.

—Hal —dijo gravemente—, eso no te lo diré jamás, aunque me estrangules.

—¿Estás segura?

—Si quieres hacerlo, prueba a torturarme. Eres un hombre, joven y fuerte, y yo una débil mujer. No podré resistirte demasiado.

—¿Y si ella me lo dijera?

—No creo que lo haga, pero, en fin, es muy dueña de hacer lo que mejor le convenga.

—Suzy, contéstame a una pregunta, por lo que más quieras. ¿Es cierto que le dejaste tú a Lelia el permiso de armas?

Me miró con expresión de gravedad.

—Sí, Hal.

Inspiré con fuerza.

—Gracias. Eso es todo lo que quería saber.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quieres decir, Hal?

—Permíteme que calle por ahora, Suzy. —Salté de la cama y de no haber sido por ella, que acudió prestamente en mi auxilio, me hubiera desplomado al suelo. Esperé unos momentos, hasta qué la firmeza volvió a mis piernas.

Entonces me encaminé al cuarto de baño. Suzy me siguió hasta la puerta.

—Hal —me miró muy seria—, ¿qué piensas hacer ahora?

Volví el rostro.

—Preguntar a Lelia lo que tú no quieres decirme —respondí.

Y cerré la puerta.

Una hora más tarde, sintiendo aún detrás de la oreja la dolorosa hinchazón del golpe, estaba ya dispuesto para salir a la calle. Pero no me iba a ver directamente a Lelia, sino que antes tenía que hacer algunas cosas.

Merten tenía que contarme algo acerca del lío de las pistolas. Podría saberlo o no, pero después de lo que había conseguido averiguar, estimaba altamente interesante volver a charlar de nuevo con el armero.

Estaba a dos manzanas de distancia escasamente, cuando, de pronto sonó una atronadora explosión.

CAPÍTULO XII

El guardia que regulaba el tráfico en el cruce de Alameda y Barrow volvió la cabeza. Mucha gente volvió los ojos hacia el lugar donde había sonado el estampido.

Pisé el acelerador. Era urgente llegar a la armería cuanto antes. Algo le estaba ocurriendo a Merten.

Cuando me hallaba a cincuenta metros de distancia, vi un coche que se despegaba del bordillo y huía a toda velocidad. La gente corría también alocadamente en todas direcciones.

Frené un poco más allá. Aquella explosión no era la única. Más estallidos conmovieron la atmósfera, a la vez que varios objetos salían proyectados por los aires a gran distancia.

Salté del coche a quince metros escasos de la armería. Las primeras explosiones se habían convertido en un estruendoso fuego de artificio, que chisporroteaba continuamente. Me detuve un momento, antes de aventurarme a entrar en aquel infierno.

Por la puerta y el escaparate de la armería brotaban continuamente largas lenguas de fuego, envueltas en densas estelas de humo azulado. Eran, sin duda, los cartuchos que estallaban al ser consumidos por el fuego.

El estrépito era tremendo. El humo se espesaba cada vez más, empezando a invadir el ambiente.

De pronto, una larga lengua de fuego brotó ondulante por la puerta de la tienda. Alguien gritó de modo horrísono. A mis espaldas, una mujer chillaba histéricamente. El guardia tocaba el pito sin cesar.

Un hombre salió de la armería. Estaba totalmente envuelto en llamas. Ardía como una pavesa y caminaba de modo incierto, tambaleándose espantosamente. Todo él era una pura llama, desde

los pies a los cabellos que flameaban de manera espeluznante. Gritos roncos, inarticulados, de fiera salvaje en el paroxismo de una bárbara agonía, brotaban de sus labios.

Por lo menudo de su corpulencia, reconocí a Merten, Este dio dos o tres pasos más, bajó de la acera y llegó casi al centro de la calzada, en tanto que a sus espaldas continuaban produciéndose los estallidos.

Un ciudadano valeroso avanzó hacia el desgraciado con un cubo de agua. En el mismo momento, Merten cayó al suelo, quedándose bruscamente inmóvil.

Sonaron sirenas. Los patrulleros policiales acudieron a toda prisa, convergiendo desde tres o cuatro puntos. Los coches de los bomberos llegaron con inusitada rapidez. Montaron sus mangas y empezaron a lanzar agua a mansalva contra el interior de la armería, que ardía cada vez más furiosamente, con explosiones que sonaban más fuertes a cada segundo que transcurría.

Allí ya no había nada que hacer. Era evidente que al asesino de Galaván y del doctor Wiggs no le convenía que Marten hablase y para ello no había encontrado nada mejor que incendiarle la armería con él dentro.

Me retiré lentamente, regresando a mi casa, muy pensativo. Dejé transcurrir el tiempo y a la noche llamé a Wallis a su casa.

—¿Averiguaron algo acerca del incendio de esta tarde? —le pregunté después de los primeros saludos.

—No mucho —dijo—. Merten debió cometer alguna imprudencia. También se dedicaba a cargar cartuchos de caza. Seguramente, alguna chispa le incendió la pólvora y…

—Estuve viendo el siniestro desde una distancia conveniente, jefe —manifesté—. Cuando yo llegaba, un coche arrancaba de la armería a toda velocidad.

La voz de Wallis se atiesó de pronto.

—¿Está sugiriéndome que se trata de un asesinato, juez?

—No me extrañaría nada, *sheriff*. Después de haber visto morir a Galaván y al forense, lo raro es que Merten haya vivido tanto tiempo.

—Sería mejor que se explicase, Campshell —dijo Wallis con tono duro—. Exactamente, ¿qué es lo que sospecha usted?

—Es muy largo para explicarlo ahora por teléfono, jefe —

contesté—. Pero la policía tiene expertos. ¿Por qué no les sugiere que busquen entre las ruinas del siniestro algo que indique la posibilidad de que éste haya sido provocado intencionalmente?

—Lo haré así —gruñó Wallis—. Mañana a primera hora le llamaré con el informe que me hayan dado. Y usted, ¿qué es lo que ha averiguado?

—Se lo diré también… mañana, jefe. Gracias por todo. Adiós.

Y colgué.

Cené un par de bocadillos, una botella de cerveza y una taza de café. Pensé mucho mientras comía.

Había algo que no acababa de entender. Una cosa no ajustaba. ¿Por qué la policía había ocupado a Lelia una pistola distinta de la que ella había comprado a Merten?

Éste era un problema de difícil solución. En modo alguno sabía cómo explicármelo. Quizá Merten me podría haber indicado algo sobre el particular, pero había muerto. Seguramente, para que no hablase.

En cierto modo, esto no dejaba de confortarme. Significaba que había alguien a quien le estorbaban mis investigaciones. Y cuando le estorbaban mis pesquisas, era que Lelia tenía muchas posibilidades de salir con bien de la aventura. No obstante, existía el hecho real y concreto de sus disparos. Ella no lo había negado nunca. Pero a mí me parecía —o quizá era la fe que tenía en ella— que aun habiendo disparado contra Mac Ball había algún punto débil susceptible de ser atacada. Y esto, quizá, era lo que temían los asesinos.

Una vez más volví a repasar las declaraciones de Galaván. ¿Por qué había preparado las bebidas en la cocina, si había en el vestíbulo un aparadorcito con botellas y vasos? ¿Qué había hecho el criado filipino, mientras tanto, en la cocina?

A la mañana siguiente recibí dos noticias. Una, de momento, me pareció completamente intrascendente. La publicaban los dos diarios rivales, tanto el Sentinel como el Citizen, en sus páginas interiores, y se referían al hallazgo del cadáver de una persona desconocida.

El muerto había sido hallado por unos excursionistas, a unas millas de la ciudad, en las estribaciones de las Blue Hills, entre unos matorrales muy espesos y, probablemente, hubiera pasado

inadvertido, a no ser por el hedor provocado por la descomposición del cuerpo. Los excursionistas habían avisado a la policía local, la cual había recogido el cadáver, transportándolo a la Morgue, en espera de su identificación. El cuerpo mostraba inequívocas señales de haber sufrido violencia.

La segunda noticia me la dio el propio jefe de policía.

—Encontramos unas latas, de gasolina vacías en las ruinas de la armería, juez —manifestó—. Es evidente que el incendio fue premeditado.

—Posiblemente —añadí—, los forajidos atontaron a Merten, pero éste despertó justamente en el último momento.

—Quizá fuera como usted dice, Campshell —concordó Wallis. Luego preguntó—: ¿Cuál va a ser su siguiente paso?

Vacilé un segundo.

—Tengo que ver a otra persona de las relacionadas con el caso, pero no quisiera hacer público su nombre. Tres de los testigos más importantes han muerto ya y no me gustaría que le ocurriera lo mismo a esa persona.

—¿Tanto significa para usted, Campshell?

—Sí.

—Está bien —manifestó amablemente el *sheriff*—, no le quiero presionar. Vaya y que tenga mucha suerte.

—La necesitaré. Gracias. Wallis.

—¿Cuándo podré llamarle?

—Ya lo haré yo a mi vuelta, Wallis.

—Bien, como quiera. Adiós, Campshell.

—Adiós.

Colgué el teléfono e inmediatamente volvió a sonar la campanilla.

Alcé el receptor.

—Hal Campshell —dije.

—Escuche, tenga cuidado.

Me envaré apenas hube escuchado aquella voz.

—¿Qué es lo que está diciendo? ¿Quién es usted? —pregunté casi a gritos.

—Un amigo, aunque usted opine todo lo contrario. Le recomiendo mucho cuidado, juez. Es posible que sufra un accidente y los periódicos tengan que deplorar su muerte si no anda usted

por, ahí con cien ojos.

—Pero…

—Cuídese, juez —dijo el individuo, y colgó, dejándome estupefacto, antes de que pudiera haber reaccionado.

¿Un accidente?

Eso significaba que los asesinos, no sólo estaban dispuestos a borrar de la faz de la Tierra a todos cuantos testigos pudieran comprometerles, sino también a mí por considerarme demasiado peligroso.

Pero no estaba dispuesto a retroceder, por mucho empeño que pusieran en ello. Ahora no era ya sólo la vida de Lelia, sino el castigar sus crímenes. Y aunque ya no fuera juez, dentro de mí seguía latiendo el sentido de la justicia y la rectitud, que me hacía desear fueran sancionados todos aquellos crímenes execrables.

Terminó de vestirme, tomé un somero desayuno y salí a la calle, encaminándome al garaje donde tenía guardado el coche que me había prestado Denkins.

Monté en él vehículo, di contacto y partí de la ciudad en dirección Oeste.

Poco más tarde, me hallaba ya en plena carretera, rodando plácidamente a una velocidad de cuarenta y cinco millas por hora. La carretera no estaba muy concurrida y podía viajarse por ella con suma tranquilidad.

Transcurrió media hora. Súbitamente, advertí por el retrovisor un coche negro que venía detrás de mí a una distancia de unos cincuenta metros.

En apariencia, el coche no tenía nada de particular; era uno de tantos como circulaban por las carreteras del país. Pero yo acababa de recibir una anónima confidencia y tenía los nervios de punta.

Pisé el acelerador y la aguja subió a cincuenta y cinco. El coche negro mantuvo la distancia.

Aumenté la velocidad en otras diez millas. La prueba resultó desagradablemente satisfactoria. El coche negro no se despegaba del mío ni a tiros.

El tránsito empezó a clarearse. Los coches eran cada vez menos frecuentes. Subí a setenta millas y el coche perseguidor aumentó también su marcha.

Poco a poco fui aumentando la velocidad. Era evidente que los

forajidos que ocupaban el coche negro estaban esperando únicamente la ocasión oportuna para atacarme, cuando no hubiese un vehículo cerca cuyos ocupantes pudieran servir más tarde de inoportunos testigos.

La aguja del contador se estabilizó en las ochenta millas por hora, cerca de ciento treinta kilómetros. La cosa, francamente, empezó a preocuparme; nunca me ha gustado demasiado la velocidad.

Mientras conducía atentamente, no dejaba de observar por el retrovisor al coche que me perseguía. Éste aumentó de repente la velocidad.

Miré la carretera. Era completamente recta en un tramo de tres o cuatro millas y en aquellos instantes sólo había dos coches: el mío y el de los pandilleros.

El automóvil negro ganó terreno lentamente. Por el rabillo del ojo pude ver la maniobra de su conductor, saliéndose ligeramente de la línea para poder situarse a mi altura.

Por un momento pensé en pisar a fondo, pero luego me dije que era inútil; con toda probabilidad, los pandilleros acabarían alcanzándome y era harto fácil suponer que el tipo que manejaba el coche lo hacía con mucha más habilidad que yo. No había más que un recurso que emplear, un recurso quizá desesperado, pero que podía sacarme con bien del atasco.

Deliberadamente, reduje un tanto la velocidad, no mucho, diez millas a lo sumo, como indicando que aquel aumento lo había ejecutado nada más que por probar mis propias dotes de conductor. El otro coche no redujo su marcha.

Apreté las manos sobre el aro del volante. Ahora llegaba el momento de la decisión.

El coche negro ganó espacio. Lentamente, fue situándose a la par del mío, hasta que las dos proas quedaron a la misma altura. Entonces, la negra boca de una metralleta «Thompson» asomó por una de sus ventanillas.

Pero no le di tiempo al fulano a que apretase el gatillo. Solté el pie del acelerador y pisé el freno, aunque no con demasiada fuerza.

Mi coche perdió terreno repentinamente, unos pocos metros, lo justo para quedarme a la zaga del otro. Delante de mí vi encenderse una serie de pálidas llamitas cuyo estruendo casi se perdió en el

rugido de los motores y el bramido del aire desplazado por la marcha.

El conductor del coche negro se dio cuenta de mi maniobra y disminuyó la velocidad. Esto era lo que yo esperaba. Pegué un golpe a la izquierda y embestí su cola.

Las ruedas traseras del coche negro resbalaban sobre el asfalto. El vehículo empezó a zigzaguear alarmantemente. Pisé de nuevo el acelerador y, aprovechando el momento de desconcierto, le di otro empujón.

El automóvil salió disparado como un obús. Dio dos o tres enormes saltos al cruzar la cuneta, rebotó sobre unos terrenos de labor y luego fue rodando un centenar de metros, en medio de una tremenda nube de polvo, antes de quedarse detenido en mitad de un labrantío.

Para entonces, yo ya estaba muy lejos, pues había vuelto a pisar el acelerador, subiendo a las noventa millas en contados segundos. Un par de minutos más tarde, no quedaba detrás de mí el menor rastro de coche perseguidor alguno.

Éste no había sufrido daño alguno, excepto los derivados del despiste, pero ya no podrían perseguirme. Que era, a fin de cuentas, lo que yo deseaba.

Mientras rodaba hacia mi destino, me formulé una pregunta.

¿Quién había sido el misterioso informante que me había advertido del accidente antes de que éste se hubiera producido?

CAPÍTULO XIII

La matrona entró en el locutorio acompañando a Lelia.

—No puedo dejarla sola, señor Campshell —dijo—, aunque me retiraré a un lado para que puedan hablar son toda tranquilidad.

—Gracias —contesté, sin apartar los ojos del rostro de mi prometida.

Nos miramos en silencio unos momentos. Lelia estaba muy pálida y su misma palidez la hacía aún más bella, al acentuar el contraste entre la blancura de su tez y la intensidad del negro de sus cabellos y sus pupilas.

—Sentémonos —dije con voz ronca. Ella accedió mecánicamente.

Saqué un cigarrillo y la ofrecí uno. Aspiró el humo con fuerza y al hacerlo, su delicado seno distendió la burda tela de la bata carcelaria que vestía.

Después de unos momentos de silencio, dije:

—Dimití el cargo, Lelia. ¿Lo sabías?

—Sí —contestó con voz opaca, monótona—. Suelo leer los periódicos y además tengo un receptor de radio en mi celda. ¿Por qué lo hiciste, Hal?

—Por ti. Espero probar tu inocencia.

Ella rió amargamente.

—¡Mi inocencia! Sabes muy bien que disparé contra Mac Ball y lo maté. No podrás hacer nada, Hal, te lo aseguro.

—Yo creo que sí —insistí—. Pero para ello necesita tu colaboración. Escucha, Lelia, quiero sacarte de aquí. Pero si no me ayudas, no podré conseguirlo, ¿me comprendes?

—Te comprendo, aunque no tengo la menor esperanza, Hal. Seamos francos el uno con el otro. ¿Qué probabilidades, hablando

imparcialmente, podrías hallar tú en mi caso?

—¡Yo no podré hablar jamás imparcialmente, Lelia, puesto que se trata de ti y de tu propia vida! Escúchame, sé franca, sé leal. Responde sin vacilar a todas las preguntas que te formule. Es lo único que te pido, ¿me entiendes?

Aspiró el humo con fuerza.

—Te entiendo, Hal. Adelante, pregunta lo que quieras —expresó con voz átona.

—Vamos a tratar de rememorar todos los detalles del momento de la muerte de Mac Ball. Sé que esto será desagradable para ti, pero no nos queda más remedio, ¿comprendes? Dime, ¿fuiste tú quien compraste la pistola en la armería Merten?

—Si.

—¿Quién te atendió?

—Un joven. Tendría unos veintiocho o treinta años, delgado, de mediana complexión. No me fijé en más detalles.

—Es suficiente. ¿Le enseñaste la licencia de armas a nombre de Suzy Corliss?

—Sí.

—Connor, el dependiente de la armería, declaró en el juicio que eras tú quien había comprado el arma. ¿Por qué no dijiste que habías usado el nombre de tu amiga?

—No quería comprometerla.

—Está bien, eso es fácil de entender. Sigamos. A los dos días fuiste a visitar a Mac Ball. ¿Quién te abrió la puerta?

—El criado filipino que tenía.

—Y tú le dijiste que querías ver a Mac Ball.

—Sí.

—¿Esperaste mucho?

—Casi cinco minutos.

—Cuando él salió al vestíbulo, ¿iba en mangas de camisa?

Lelia hizo un esfuerzo.

—Sí.

—Recuerda. ¿Cómo llevaba la corbata?

Los ojos de Lelia se abrieron desmesuradamente.

—¿La corbata? —repitió.

—Sí. Éste es un detalle esencial, esencialísimo. Haz todos los esfuerzos posibles, tómate todo el tiempo que necesites, pero

contesta a la pregunta.

La muchacha apoyó los codos sobre la mesa que nos separaba y se tapó los ojos con la mano. Estuvo así casi treinta segundos.

Al cabo levantó la cabeza y me miró.

—Cuando salió, parecía congestionado. Yo había estado sentada en el diván y me puse en pie al verle aparecer. Ya…, ya tenía la pistola en la mano, aunque el arma estaba todavía dentro del bolso. —Su voz se quebró repentinamente.

Hizo una pausa, en tanto trataba de normalizar su respiración. Luego, hallando fuerzas de nuevo, prosiguió:

—Se quedó de pie en el centro de la estancia, mirándome fijamente. Sí, ahora recuerdo, se soltó el cuello de la camisa y se aflojó la corbata como si tuviera mucho calor. Entonces… saqué la pistola.

»Mac Ball dio un paso atrás. Sus ojos estaban muy abiertos. Dijo algo que no pudo entender. Por un momento me pareció borracho. Y luego…

—Disparaste.

—Sí.

La afirmación resultó apenas audible. Lelia incliné la cabeza, muy sofocada.

Respeté unos momentos su silencio. Luego volví a ofrecerle un segundo cigarrillo, ya encendido, cuyo humo aspiró ella a pleno pulmón.

—Perdona que insista, querida —dije—. Puedo parecerte implacable, pero es necesario.

—Comprendo —dijo, esbozando una sonrisa—. Sigue adelante y no te preocupes de mí. ¿Qué más tienes que preguntarme?

—Al ruido de los disparos, ¿acudió el criado?

—Sí.

—¿Qué hiciste tú entonces?

—Volví a sentarme en el diván. La pistola se me había caído al suelo.

—¿Miraste el cuerpo de Mac Ball?

—Sí. No podía apartar la vista del cadáver.

—¿El cadáver? ¿Estás segura?

Levantó los ojos y me miró con sorpresa.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas? El forense dictaminó que mis balas

le produjeron la muerte. ¿No es esto suficiente?

—Galaván declaró que al salir él al vestíbulo, Mae Ball se movía todavía. Si se movía, aún no podía considerársele cadáver, a pesar de que, prácticamente estuviese ya muerto.

—Es cierto —murmuró—. Movía un poco una de las piernas, no recuerdo cuál. También una de sus manos se agarraba convulsivamente a la alfombra.

—Bien —dije—, este punto está ya sobradamente aclarado. En cierto modo, era lo más fácil. Ahora es cuando empiezan las dificultades para ti.

—No te comprendo, Hal.

—¿Por qué mataste a Mac Ball? Nunca lo quisiste decir, ni siquiera a mí. Eso fue entonces. Ahora necesito que me lo digas, Lelia.

Sus labios se apretaron hasta formar una línea casi tan blanca como el resto de la cara.

—No, Hal —dijo con voz sorda.

—Lelia, me has prometido ser franca.

—En este punto, no. Jamás, Hal.

—Insisto, Lelia. Recuerda que de tus palabras puede salir la verdad y de ella tu libertad.

—Jamás, jamás —repitió una y otra vez con voz tensa.

—¿Quieres que obligue a Suzy Corliss a que hable y me cuente muchas cosas tuyas que aún ignoro?

—Ella es buena amiga mía. No querrá.

Recordando las calurosas frases que me había dirigido la pelirroja, me dije que no me sería demasiada difícil conseguir mi empeño. Pero esto, claro, no iba a decírselo a Lelia.

—Suzy dijo que tú y ella os conocíais desde hace unos cinco o seis años. ¿Cómo empezó vuestra relación?

Se retorció las manos quejumbrosamente.

—Por el amor de Dios, Hal, ya te he dicho cuanto tenía que decirte. No me obligues…

—Te obligaré —corté con voz áspera—. Contesta a mi pregunta.

Bajó la cabeza y guardó silencio durante unos momentos. Luego, sin mirarme siquiera, murmuró:

—Si te digo la verdad, saldrás de aquí decidido a olvidarme para siempre. Nunca querrás mirarme a la cara, Hal, ¡nunca! —sollozó.

—Habla —dije con voz tensa.

—Por favor…

—Habla, Lelia.

Hizo acopio de valor. Luego, con voz atropellada, dijo:

—Fue… hará cosa de cinco años. Suzy y yo trabajábamos juntas como mecanógrafas en una gran empresa comercial de Los Ángeles. Un día, Suzy me dijo que podíamos ganarnos unos dólares extra de una manera muy sencilla y fácil.

»Sólo teníamos que asistir a una fiesta. Nos pagarían cien dólares y los gastos. Nuestro papel era sencillo: animar a los contertulios, charlar con ellos, reír…; en fin, proporcionar alegría y animación a la fiesta.

—Comprendo —dije, con los labios prietos.

—Fuimos. La fiesta se desarrolló normalmente. Recibí unas cuantas… proposiciones, que desoí entre bromas y veras. Nada más. El anfitrión nos pagó los cien dólares convenidos, y eso fue todo.

»Era un hombre muy rico y le gustaba dar fiestas como aquélla. La segunda vez accedí de nuevo. Aquel papel era sencillo y me ganaba cien dólares con toda facilidad. La tercera vez fui también.

»En esta ocasión, las cosas variaron un poco. Al concluirse la fiesta, el dueño de la casa me hizo quedarme un rato con él. No podía desatender sus ruegos. A fin de cuentas, se había portado muy bien conmigo y…, bueno, me había hecho ganar trescientos dólares que me hacían bastante falta, todo hay que decirlo.

Lelia se interrumpió bruscamente. Sus ojos se clavaron en los míos.

—Hal —dijo con voz ronca—, ¿es preciso que te cuente lo que sucedió a continuación?

Callé. ¿Qué podía decir en un caso semejante?

—Podrás no creerme y nunca te lo reprocharé —dijo ella—. El… anfitrión me ofreció de beber. Acepté un par de copas. No sé si le había puesto alguna droga a la bebida. Posiblemente, porque yo era muy cauta con el alcohol y apenas si lo probaba en aquellas fiestas.



—Uno irá a la cámara de gas...

Casi de repente empezó todo a darme vueltas. Me sentí extraordinariamente alegre y comunicativa, Hal, dos copas solamente no pueden producir unos efectos semejantes, te lo aseguro. Luego… todo se enturbió. Veía las cosas como si yo no fuera la protagonista y todo me parecía… tan normal y lógico que…, que…

Lelia suspendió un instante su narración. Jadeaba y tenía el pelo completamente pegado a las sienes a causa de la transpiración. Sus senos golpeaban rítmicamente la pechera de la blusa.

—Al día siguiente, ya con plena lucidez, me di cuenta de lo que había sucedido. El anfitrión me llamó más tarde para decirme que lo lamentaba infinito, que la culpa había sido del alcohol…

—¡Bastardo embustero! —exclamé, sin poder contenerme.

—No quise ni escucharle siquiera. Tampoco volví a admitir más invitaciones semejantes. Estaba llena de horror y asco hacia mí misma, Hal, te lo juro. Luego, más adelante, encontré un empleo en Clancy Point. Era una colocación tranquila y segura y la acepté. Y allí es donde tú y yo nos conocimos. Oh, Hal, Hal, ¿por qué habrá tenido que suceder todo esto?

Tomé sus manos. Estaban frías, heladas.

—Amor —murmuré—, no padezcas por nada. Yo te sacaré de todo este embrollo. Pero ahora necesito que me digas por qué fuiste a ver a Mac Ball.

—¡Hal!

—¿Sí, Lelia?

—Pero ¿es que no lo has comprendido todavía?

Abrí la boca, repentinamente estupefacto. Un rayo de luz acababa de hacerse en mi cerebro.

—¡Lelia! No irás a decirme que…

—Aquel hombre no era rico. Lo fingía, que no es lo mismo, Hal —contestó Lelia—. Todo su lujo era pura fachada, detrás de la cual escondía un negocio inconfesable, basado en las fotografías obtenidas clandestinamente. Tenía cómplices que le ayudaban, claro está» tomando vistas de los asistentes a sus fiestas en posituras muy inconvenientes. Luego les estrujaba bajo la amenaza de hacer públicas las fotografías logradas.

»Incluso de mí obtuvo alguna aquella noche. Era un tipo listo, precavido, no sabía si yo un día podía escalar algún puesto alto y poder conseguir de mí un buen precio. Ese día llegó cuando tú y yo nos comprometimos, Hal.

»Le pedí una y otra vez que respetara mi felicidad, nuestra felicidad. Se negó siempre rotundamente. Le amenacé con matarle. Se rió de mí. Creo que hubiera continuado riéndose hasta el fin de sus días.

—Y Cuando te convenciste de» que no lograrías nada positivo, fuiste a verle y le soltaste dos tiros.

—Justamente.

Hubo un silencio. Volvimos a fumar.

—Pero ¿por qué estaba en Clancy Point en lugar de continuar en Los Ángeles?

—La vida empezó a hacérsele allí muy difícil. Entonces resolvió cambiar de aires. Buscó un sitio tranquilo. Clancy Point era ideal para ello. También organicé algunas fiestecitas con el mismo motivo. Supongo que habría obtenido más de una fotografía y que sus víctimas se habrán alegrado de su muerte.

—Pero las fotografías no han aparecido.

—No.

Sacudí la ceniza del cigarrillo.

—Por mi parte, poco importa. Creo firmemente en todo lo que me has relatado, Lelia, y si en determinada momento pudiste dar un mal paso, obligada más bien por las circunstancias, ya lo borraste, a mis ojos, con tu comportamiento. Ahora, lo que interesa es sacarte de aquí. Y lo conseguiré.

Lelia rió amargamente.

—¿Sabes? —dijo—. Ocupo la misma celda que Bárbara Graham. De aquí, dentro de dos semanas, me llevarán a San Quintín la víspera de…

—Vi la película —dije con voz dura—. Susan Hayward hizo una magnífica creación. Pero existe una diferencia.

—¿Cuál?

—Dígase lo que se diga, la Graham mató. Y tú…

La voz de Lelia era patéticamente suave al darme la respuesta.

—¿Y yo no maté también, Hal?

CAPÍTULO XIV

Salí de la cárcel de Corona bastante deprimido, aunque sabía que había adelantado notablemente en mis Investigaciones. Pero aún me faltaba mucho que hacer.

De allí me trasladé a San Francisco, donde permanecí por espacio de dos días, buscando por otra parte. Al concluir los trabajos que me habían llevado hasta allí, regresé de nuevo a Clancy Point.

Llegué a casa y me cambié de ropa, después de haberme dado un buen baño. Mis suposiciones iban tomando visos de certidumbre a cada momento que transcurría…, pero el tiempo volaba y ya había transcurrido la primera semana. Dentro de dos, Lelia sería ejecutada a menos que…

Llamé por teléfono al restaurante de la esquina e hice que me subieran algo de cenar, encargándole también que me buscara los periódicos de los dos días últimos.

Mientras comía, leí minuciosamente las noticias locales. Una de ellas me llamó tanto la atención, que me hizo dar un salto en el asiento.

IDENTIFICACION DE UN CADAVER.

La policía ciudadana, tras minuciosas pesquisas, ha conseguido identificar el cadáver del hombre que apareció muerto en las Blue Hills hace tres días. Trátase de Sam Connor…

—¡Sam Connor! —repetí, estupefacto.

Terminé de engullir la cena y, después de echarme una taza de café al coleto, me fui al teléfono.

—Sargento Stracher —me contestó una voz.

—Hola, sargento, ¿cómo se encuentra? Soy Hal Campshell.

—¿Qué tal, juez? ¿En qué puedo servirle?

—Es referente a Sam Connor. ¿Cómo averiguaron que era él?

—La piel de las yemas de los dedos se mantenía todavía. Tomamos las huellas y las enviamos a Washington, al archivo de la F. B. I.
Connor había servido algún tiempo en el Ejército.

—Gracias, Stracher —murmuré, muy pensativo.

—¿Por qué lo pregunta, juez? ¿Es que tiene algo que ver con el asunto?

—Sí, eso es —contesté, no queriendo dar más explicaciones.

Medité unos momentos y luego, levantando el aparato, marqué otro número.

Tuve suerte. Suzy se disponía a salir para el Indiana en el momento de recibir mi llamada.

—¡Hal! ¡Qué sorpresa! ¿Dónde demonios te has metido todos estos días?

—Fuera de aquí. Trabajando, preciosa.

—¿Has visto a Lelia?

—Sí. Y me ha contado muchas y muy interesantes cosas, Suzy.

Hubo un momento de silencio. Después, la pelirroja volvió a hablar:

—Entonces habrás comprendido mi silencio, Hal.

—Sí, Suzy.

—Lelia es una buena chica. Calló por no perjudicar tu carrera política. Te quiere, Hal, te quiere como nunca ha querido a nadie.

—Lo sé. Por eso quiero sacarla de Corona.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí.

—Bien, habla.

—Mac Ball, ¿daba muchas fiestas en Clancy Point?

—Algunas. No demasiadas, para no hacerse demasiado notorio, compréndelo.

—Claro. ¿Dónde daba esas fiestas?

—Asómbrate, Hal. ¡En el Indiana!

—En el… Pero si ese local está abierto hasta las tantas de la madrugada.

—Menos los viernes o vísperas de viernes, si éste es festivo, con el fin oficial, de hacer limpieza general para el fin de semana.

—Entiendo —murmuré. Cada vez veía la cosa más clara—. Y, naturalmente, tu… Grant estaba de acuerdo con él.

—Hasta cierto punto solamente. Grant le alquilaba el local. Le sacaba una buena tajada, eso sí, pero de lo demás se encargaba Mac Ball.

—Con algún que otro fotógrafo provisto de una microcámara, fingiendo ser invitado y obteniendo fotografías comprometedoras.

—Exactamente.

—Supongo —añadí con cierta negligencia— que a esas fiestas secretas acudiría gente de dinero de Clancy Point.

—Supones bien, Hal.

—Dame algún nombre, Suzy.

—Cielos, no. Si la cosa se supiera, estallaría algo muy parecido a una bomba atómica sobre Clancy Point.

—Comprendo. Ahora, ¿puedo pedirte un favor?

—De mil amores, Hal. Abre la boca.

Sonreí. Aquella Suzy era única.

—¿Dónde podrías dejar la llave de tu apartamiento para que yo pueda utilizarla luego?

—¿Qué piensas hacer, Hal?

—Eso es cosa mía, preciosa. Contesta a lo que te diga.

Ella guardó silencio un momento.

—Mira, chico, no me fío del conserje. Lo mejor que puedo hacer es dejar la puerta sin cerrar, ¿comprendes?

—Desde luego. Gracias, encanto. Ah, se me olvidaba. Una última pregunta.

—¿Se trata de…?

—Lelia. —Vacilé un momento; me daba miedo la respuesta. Pero luego, diciéndome que, por desagradable que fuera, tenía que saber la verdad, formulé la pregunta—: ¿Asistió a alguna de esas «fiestas» en el Indiana?

—¡No! ¡Rotundamente y enfáticamente, no, Hal!

Respiré ampliamente, mientras murmuraba un débil «¡gracias!», un segundo antes de colgar. Luego me senté y encendí un cigarrillo para calmar mis nervios, alborotados en el último momento.

Permanecí unos instantes fumando en el mismo lugar. El

teléfono llamó antes de que hubiera concluida.

—¿Campshell? —dijo alguien.

—El mismo —contesté rígidamente. Era el mismo que me había avisado del accidente.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias. Pude escabullirme. ¿Cómo quedaron mis perseguidores?

Sonó una risita.

—Chasqueados. Fue una hábil jugarreta.

—Gracias por el aviso, de todas formas. ¿Tiene algo más que decirme?

—Nada, excepto que siga teniendo cuidado. Volverán a la carga.

—Estaré al tanto. Pero, oiga, ¿quién es usted?

La risita sarcástica volvió a sonar.

—Como dicen los anónimos «un amigo». Hasta la vista, juez.

Percibí claramente el «¡click!» del teléfono al ser colgado. Luego aplasté el cigarrillo contra el cenicero y me dispuse a salir de casa.

Cuando ya estaba en la puerta, sonó el teléfono de nuevo. Lo atendí de mala gana.

—¿Es usted Campshell? Soy Denkins.

—Hola, señor Denkins. ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente. ¿Qué tal le ha ido por ahí estos días?

—No puedo quejarme. Algo he adelantado.

Me alegro. ¿Necesita alguna ayuda de mí? Dígale con toda franqueza. Verdaderamente, estoy deseando que resuelva este caso y se siente de nuevo en el sitial que abandonó.

—Dudo mucho que vuelva a desempeñar el cargo, señor Denkins. De todas formas, mil gracias por sus deseos. A propósito, creo que ya mi coche estará reparado. Haré que le devuelvan el suyo…

—¡Bah! ¡Olvídelo! No se deprisa. Bueno, me alegro de haberle saludado, Campshell. Hasta la vista.

—Adiós, señor Denkins.

Colgué el teléfono y esta vez eché a correr hacia la puerta, dispuesto a no atender más llamadas, fuera el que fuera. Afortunadamente, la campanilla permaneció silenciosa.

Un cuarto de hora más tarde, estacionaba el coche cerca del 723 de Northwest Trail Street. Recorrí a pie los cuarenta metros que

había dejado de intervalo y entré en el edificio.

El conserje estaba felizmente ausente de la recepción en aquellos momentos. Crucé rápidamente el amplio vestíbulo y penetré en el ascensor.

Un minuto después me encontraba ante la puerta del 10 C. Hice girar el pomo y penetré en el apartamiento, cerrando a mis espaldas en completo silencio.

Encendí, la luz. Escuché un momento. No se oía el menor ruido. Avancé cautelosamente y llegué al cuarto de baño.

Hice girar el grifo en sentido conveniente y el panel chasqueó, girando calladamente sobre sus goznes. Crucé aquel espacio y unos segundos más tarde me encontraba en el apartamiento que había sido de Mac Ball.

Encendí la luz. Ahora se trataba solamente de una cosa: hallar las fotografías que éste había guardado y con las cuales extorsionaba a sus víctimas.

Pasé al despacho. Miré en torno mío. Vi una estantería repleta de libros, que registré minuciosamente uno por uno. Esto me llevó más de una hora.

En la mesa no había nada de particular. Tanteé todos los cajones y las junturas, buscando un departamento secreto, pero no pude hallarlo. Los cuadros no ofrecieron nada de interés tampoco.

De allí pasé al comedor-*living*. Tiempo perdido. Lo mismo me sucedió en el vestíbulo y en el dormitorio de Galaván.

Empecé a considerar la posibilidad de que Mac Ball hubiera alquilado una caja de seguridad en uno de los Bancos locales. Esto dificultaría notablemente mis pesquisas, pero no era posible pensar en aquello sin antes tener la completa seguridad de que las fotografías y los negativos comprometedores no estaban en el apartamiento.

Miré también en el dormitorio. Fracaso rotundo. Ya sólo me quedaba la cocina y el cuarto de baño.

El cuarto de baño fue rastrillado sin novedad. Miré en la cocina cacharro por cacharro, sin omitir los saleros ni los azucareros. El cubo de la basura aparecía limpio. Desarmé el triturador de desperdicios, sin hallar tampoco nada de particular.

Empecé a pensar en la retirada. Ya sólo me faltaba —y lo haría al día siguiente— reventar los colchones y el mullido de los sillones.

Si no estaban aquí, ya no estarían en ninguna parte las malditas fotografías.

Sentí de pronto una sed bárbara. Tomé un vaso y fui al grifo de la cocina, pero no salió una gota de agua. Sin duda, habían cerrado la llave de paso, en espera del nuevo inquilino.

Abrigué la esperanza de que en la nevera quedase alguna bebida. La abrí, dándome cuenta entonces que era el único lugar que me faltaba por examinar de la casa.

Me arrodillé, momentáneamente olvidado de la sed. Había tres o cuatro latas de conservas, que abrí, viendo que, efectivamente, eran conservas lo que había en su interior. La botella de cerveza era botella de cerveza. ¿Entonces…?

Todavía quedaba un rincón en el frigorífico por examinar. Era el congelador. Empecé a examinarlo al tacto, sin hallar nada.

Saqué los depósitos donde se formaban los cubitos de hielo. Sacudí éstos contra el fregadero, desprendiendo los bloques congelados. Súbitamente, el fondo de uno de los depósitos saltó.

Unas cosas saltaron con el fondo falso. Mis ojos resplandecieron al ver aquellos diminutos rollos de microfilm, que fui recogiendo cuidadosamente uno por uno. Ciertamente, era un magnífico escondite, en el cual muy pocos habrían sospechado.

Había dos bandejitas más. Hice la misma operación, obteniendo en total una docena de rollos de microfilm de una anchura máxima de un centímetro. Calculé que cada rollo podría contener, dada su longitud, de cuarenta a cincuenta fotografías cada uno. Un buen botín, ciertamente.

Guardé los rollos con todo cuidado. Después, dejé todo tal como estaba y me dispuse a salir.

En el momento en que llegaba a la puerta de la cocina, oí el ruido de una llave en la de entrada. Mi mano voló al interruptor, sumiendo aquello en una total obscuridad.

Saqué el revólver, esperando en silencio. No tardé mucho en oír unos pasos cautelosos.

Pronto percibí el rumor de una respiración entrecortada. Era evidente que el individuo andaba desconcertado, a juzgar por las vacilaciones de su antorcha eléctrica que usaba.

Me replegué junto al marco de la puerta, aguardando expectantemente, con la mano en alto. El individuo asomó la nariz.

La linterna daba un resplandor que me permitió adivinar su identidad. Tanta sorpresa me causó que estuve a punto de fallar el golpe.

Pero me recobré un segundo más tarde. A fin de cuentas, estaba la frase de Suzy. «Estallaría una bomba atómica sobre Clancy Point si se supieran algunos nombres», había dicho, más o menos.

Bajé la mano con todas mis fuerzas, golpeándole con la culata y el puño a la vez en el occipucio. El fulano lanzó un gruñido, dio un salto convulsivo y se desplomó inerte al suelo.

No me preocupé de él; no era necesario. Lo verdaderamente importante estaba en mi poder.

Con toda tranquilidad, atravesé el apartamiento, utilicé la puerta falsa y pasé al de Suzy. De aquí salí a la calle con toda tranquilidad.

Cuando llegué a la puerta del edificio eran las dos de la mañana. Respiré a pleno pulmón. A cada segundo que transcurría, me parecía ver más cerca la libertad de Lelia.

Tomé el coche y me dirigí a casa. Atranqué la puerta y, después de guardar los microfilms en lugar seguro, me desnudé y me tendí en el lecho.

Aquella noche dormí como un bendito.

CAPÍTULO XV

El juez Templeton me miró por encima del caballete de las gafas.

—Lo que usted pide es quizá un poco irregular, pero puede hacerse, colega.

—Ya no lo soy —sonreí débilmente.

—Lo sigue siendo —contestó Templeton con voz firme—. Una cosa es la enemistad política y otra el respeto a las personas. Y usted me infunde a mí un respeto fantástico, Campshell. Seguí el proceso minuto a minuto y no vi en él el menor detalle técnico que pudiera provocar su invalidación. Estuvo usted magistral. Francamente, nunca creí que llegara a condenar a la señorita Rhantyne.

—Antes que ninguna otra consideración, estaba el cumplimiento de mi deber, juez Templeton —dije—. Después…

—Después ha dedicado todos sus esfuerzos a tratar de salvarla. ¿Está seguro de que lo conseguirá?

—Cuento con la colaboración del profesor Sterling, juez —manifesté—. Ahora sólo me falta la suya.

—La tendrá incondicionalmente. Ahora mismo expediré el mandamiento, Campshell. Lo haré yo mismo en persona; de este modo, evitaremos la divulgación de esta gestión. Porque, supongo, le interesará a usted guardar un secreto absoluto de lo que piensa hacer, ¿no es cierto?

—Figúrese —respondí sencillamente.

Después de aquello, hice unas cuantas cosas. La respuesta a mi labor se demoró ocho días largos, ocho inacabables días, durante los cuales padecí las mil y una agonías, no obstante hallarme entretenido con algunas pesquisas complementarias que no dejaron también de dar su fruto. Finalmente, recibí una carta que me colmó

de alegría, puesto que era el reconocimiento pleno de mis sospechas.

A continuación, me puse a trabajar. Escribí unas cuantas misivas y las eché al Correo. Hube de esperar veinticuatro horas más, al cabo de las cuales, tomando mi coche, me dirigí al Indiana.

Presencié el espectáculo desde un lugar discreto, cuando estaba a punto de concluirse, me deslicé hacia el camerino de Suzy.

La pelirroja se espantó de verme.

—¡Hal! —exclamó—. ¡Por todos los dioses! ¿Dónde te has metido?

—Trabajando —dije lacónicamente—. ¿Puedes llevarme al despacho de Grant?

Ella se mordió los labios.

—¿Crees que le gustará? —murmuró, temerosa.

—No queda otro remedio que intentarlo, querida.

—Está bien —aprobó—. Vamos para allá.

Bucher nos acogió con reluctancia. Finalmente, después de consultarlo con su jefe, nos dejó pasar.

Los ojos del dueño del local centellearon de cólera al verme en su despacho.

—¿Qué diablos viene a hacer, miserable bastardo? Lárguese de aquí si no quiere que…

—Cierre el pico —rezongué ásperamente—. He convocado una reunión para esta noche y va a tener lugar aquí, en su despacho, precisamente.

—¡Tipo fresco! —masculló Grant—. Tell, sacúdele.

Me volví hacia el suizo. Vi que éste tenía ya prevenida una de sus mortíferas flechas. Agaché el cuerpo justo en el momento en que la vira de acero partía zumbando.

Un apagado gemido sonó a mis espaldas. Ya tenía oí revólver en la mano. A cuatro metros de distancia no podría fallar.

El primer disparo dio en el pecho de Bucher, empujándole hacia atrás con las manos en alto. El segundo le arrancó la mandíbula, dejando en su lugar un horrendo hueco por el que brotó al instante un río de sangre. El tercero lo apuntilló, alcanzándole encima del ojo izquierdo. Cayó fulminado al suelo.

Percibí un movimiento a mi derecha. Giré el cuerpo. Volví a disparar y Grant lanzó un aullido, al mismo tiempo que, soltando la

pistola ya empuñada, se llevaba la mano al hombro atravesado por mi proyectil.

Fui hacia él colérico y le arranqué la pistola, estrellando luego el caño de mi revólver contra su mandíbula, Lanzó un gruñido y se desplomó hacia atrás en su sillón, totalmente sin sentido.

Entonces oí la voz de Suzy. Más que voz, era un gemido.

—¡Hal!

Me volví. Los cabellos se me erizaron.

La pelirroja estaba sentada en el suelo de una manera extraña, con la espalda apoyada en la pared. Tenía la mano derecha sobre el pecho y un hililllo de sangre le corría entre los dedos.

Corrí hacia ella, arrodillándome a su lado. No comprendía lo que le ocurría.

—¡Suzy! —grité—. ¿Qué te ha sucedido?

La mano derecha le pendió fláccida a lo largo de su costado. Entonces sentí que un escalofrío de horror me recorría la espalda.

La flecha disparada por Bucher había alcanzado su blanco, hundiéndose profundamente en el cuerpo de la pelirroja, justamente entre los senos. Sus ojos me miraron con pena infinita durante un segundo y luego, de manera brusca, perdieron su brillo. La cabeza se dobló a un lado.

La deposité en el suelo, sintiendo que la ira me heriría en el pecho. De buena gana me hubiera liado a patacas con Grant, pero esto ya no podía volver a Suzy a la vida.

Me puse en pie, mordiéndome el labio inferior. Durante unos momentos, permanecí irresoluto.

Mecánicamente, cambié los cartuchos y recargué el arma. Esperé.

Grant se despertó poco después, quejándose agudamente. Me fui hacia él y le aticé dos sopapos que le pusieron el rostro como un tomate.

—¡Mire lo que hizo con su estúpida orden, hijo de perra! ¡Suzy ha muerto! ¡Por su culpa, miserable canalla!

Por un instante, el menudo dueño del Indiana se olvidó de su dolor. Poniéndose en pie, caminó como un beodo hasta donde se encontraba la muchacha. Se arrodilló a su lado y empezó, a sollozar como un chiquillo, sin ocuparse en absoluto de la herida de su hombro, A su modo, amaba a Suzy y le dolía enormemente su

muerte.

Le agarré por el cuello.

—Póngase en pie —dije.

Obedeció, mirándome con ojos turbios. Arranqué el pañuelo del bolsillo y se lo metí bajo la chaqueta.

—Su herida no es grave —dije—. Puede esperar todavía un poco. Vuelva a su sillón y no intente nada.

Metí el revólver en la funda y arrastré el cadáver de Bucher a un lado, dejando el paso expedito. Luego coloqué suavemente el cadáver de Suzy sobre un diván que había en uno de los lados de la habitación, juntándole las manos sobre el regazo. Parecía dormir, tan tranquilo era su aspecto. A no ser por los diez centímetros de acero que asomaban por el centro de su pecho, nadie podría haber dicho que estaba muerta.

El tiempo pasó lentamente. Fumé un par de cigarrillos. Grant se quejó en una o dos ocasiones.

—¡Muérase! —Le escupí, harto de sus gimoteos.

De pronto, sonó el zumbador de la puerta. Saqué el revólver y encañoné con él al maleante.

—Escuche lo que voy a decirle. Abrirá la puerta, pero no la boca, ¿estamos? Al menos, hasta que yo se lo ordene. Si desobedece, le volaré los sesos, tan cierto como que hay sol. ¡Abra!

Con la mano izquierda, torpemente, hizo funcionar el mecanismo de apertura automática. Unos segundos, más tarde, cinco individuos irrumpían en la habitación.

Dos de ellos eran conocidos míos: Issy y el pistolero italoamericano. Los dos eran menudos, sin duda porque a Grant, debido al complejo motivado por su escasa estatura, no le agradaban mucho los tipos altos… a no ser que fueran mujeres como Suzy.

Los otros tres también eran conocidos míos. Se volvieron al oír mi voz y sus pupilas se desorbitaron al ver el revólver que empuñaba firmemente con la mano derecha.

—Por favor —rogué suavemente—, tengan la bondad de poner las manos en alto.

CAPÍTULO XVI

Wallis, Denkins y Medbury, el director del Sentinel, sí, parecían de repente convertidos en sendas estatuas. No sólo era el verme a mí armado, sino también ver el desagradable espectáculo que ofrecía el cuerpo destronado del suizo. Ya he dicho que Suzy parecía dormir, pero no tardaron mucho en darse cuenta de que estaba muerta.

Wallis fue el primero en reaccionar. Dio un paso hacia mí y exclamó:

—Campshell —gritó—. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué hace usted aquí?

—Calma, *sheriff* —dije fríamente—. No se excite. Ni ustedes tampoco —me dirigí a los otros—. ¿No han recibido ayer unas cartitas mías citándoles aquí, en el Indiana?

—¡Con que ha sido usted! —bramó Denkins.

—El mismo. Y tengo en mi poder un sinnúmero de fotografías que no les favorecen mucho. A ninguno de los tres.

»A usted, Wallis, defensor de la Ley y del orden. A, usted, Denkins, miembro de la Liga de Buenas Costumbres y otras entidades análogas. A usted, Medbury, director del Sentinel y moralizador público. ¡Qué escándalo si la gente estuviese enterada de las bacanales que organizaban aquí todos los viernes!

Denkins fue el primero en reaccionar.

—Campshell, no sé cómo ha conseguido esas fotografías, pero sí sé el medio de hacerle conseguir un buen montón de dólares.

—¡Cállese! —le dije con repugnancia—. No he venido aquí para venderme, sino para intentar que se haga justicia.

—Usted ya no es juez, sino un ciudadano particular —chilló Medbury.

—Lo sé. Pero ¿voy a preocuparme ahora de ciertos tecnicismos

legales, cuando ustedes mismos los han dado de lado para asesinar a Galaván, al doctor Wiggs, a Merten y a Sam Connor, sin contar a Meddy Mac Ball? Busquen asiento y escúchenme.

Obedecieron con el temor retratado en sus ojos. Confiaban en los pistoleros que les acompañaban, pero ya no quitaba ojo de ninguno de los dos y ellos lo sabían.

—Grant colaboraba con ustedes en la celebración de esas bacanales que he señalado antes —empecé mi relato—. Su colaboración, sin embargo, se limitaba a poner el local y a cobrar un buen alquiler por ello. Ni siquiera sabía que sus chicos estuvieran mezclados en este asunto. Actuaban por cuenta propia, obedeciendo órdenes, ¿de quién? —Miré a Wallis—. ¿Quién mejor que el jefe de policía de Clancy Point que conocía a los maleantes de la Ciudad para contratar a los que les convenías para el mejor desarrollo de sus turbios planes?

Con el rabillo del ojo pude ver un ligerísimo movimiento en una de las ventanas del despacho. Fingí no haberlo advertido y continué:

—Galaván podía hablar. Lo asesinaron. Él sabía la verdad de lo ocurrido con Mac Ball. No hubiera ocurrido nada si yo no hubiese dimitido y anunciado mi intención de actuar, una vez condenada a muerte Lelia Rhantyne. Entonces empezaron a buscar los testigos que podían ser más peligrosos y los eliminaron uno por uno, fríamente, sin piedad.

»Oh, claro que no lo hicieron ustedes directamente. Para eso estaban Marsh y Bucher y esta pareja de micos. Ustedes tenían que seguir desempeñando la parodia de hombres buenos, honestos y decentes, mientras a sus espaldas la gente iba muriendo.

»El doctor Wiggs murió por tener el feo vicio de anotar muchas cosas en su diario. A estas horas habrán quemado las páginas que le robaron, pero estoy seguro de que se sintieron muy aliviados cuando murió. Temían que un día hablara, a pesar del dinero que le dieron para que emitiera un diagnóstico no totalmente ajustado a la verdad sobre la muerte de Mac Ball.

Con la mano izquierda busqué cigarrillos y me puse uno en la boca. Luego lo encendí y aspiré el humo profundamente.

—Merten murió para que no hablase del trueque de pistolas que sólo un hombre situado en un puesto clave podía haber hecho:

usted, Wallis. Lelia Rhantyne es cierto que compró el arma para matar a Mac Ball, pero usted, jefe de policía, la substituyó oportunamente por otra idéntica, de número más bajo y de una misma partida recibida por Merten. ¿Con qué objeto? ¡Conteste, Wallis!

El *sheriff* parecía abrumado. Con voz débil, dijo:

—Me lo pidió Grant.

Volví el rostro hacia el dueño del Indiana.

—Quería evitarle a Suzy todo compromiso —murmuré laciamente—. Así, si un día le veían la pistola encima, notarían que el número correspondía exactamente a la realidad.

—Gracias —repuse secamente. Miré de nuevo a Wallis—. Y usted tomó declaración a Connor y le obligó a decir que había sido Lelia Rhantyne la que había adquirido el arma bajo el nombre de Suzy Corliss, cosa que, en cierto modo, se ajustaba a la realidad. Pero Connor debía tener otros planes, por lo que se vieron obligados a suprimirle. Además de vendedor en la armería de Merten, era también uno de los fotógrafos de Mac Ball y les amenazó con extorsionarlos. Naturalmente, era un elemento al que había que suprimir.

»Merten también andaba en el ajo. Sospechaba algo turbio en el fondo de todos estos líos, porque el vejete, según he podido comprobar por las fotografías, era igualmente un asiduo concurrente a las fiestas que se daban aquí. Era de carácter timorato y temió algo mucho peor que el escándalo, por lo que ustedes decidieron que lo mejor era suprimirlo, antes de que se ablandara demasiado. Usted, Wallis, fingió colaborar conmigo, diciéndome que el incendio de la armería había sido intencionado. Le convenía seguir desempeñando ese papel para taparme los ojos.

Terminé el cigarrillo y lo arrojé al suelo, aplastándolo con el tacón del zapato.

—Bien, ¿eso es todo lo que tiene que decimos, Campshell? —preguntó Denkins retadoramente.

Le miré con fijeza durante unos segundos.

—No. Esos asesinatos no podrán ser probados, a menos que declaren ese par de micos que están ahí, y se cuidarán mucho de callar, para no poner en peligro sus preciosos cuellos. Es otro crimen el que tengo interés en probar, el que enviará a uno de

ustedes tres a la cámara de gas como autor directo y a sus cómplices a San Quintín de por vida.

Inspiré profundamente.

—Vamos a ver —dije—. ¿Quién de ustedes tres mató a Mac Ball?

Hubo un momento de silencio. Medbury aparecía completamente acobardado. Wallis miraba a un lado y a otro como animal acorralado.

Fue Denkins el que, más sereno, me dio la respuesta.

—Está probado hasta la saciedad que fue su prometida, la señorita Rhantyne, la que disparó contra Mac Ball.

Tendí la mano izquierda hacia Denkins.

—¡Exacto! —dije triunfalmente—. Disparó, pero no lo mató. Mac Ball hubiera muerto poco después a consecuencia de los tiros, de no haber sido envenenado minutos antes. Uno de ustedes tres, Wallis, Denkins, Medbury, hartos de soportar la extorsión de Mac Ball, fue resuelto a asesinarlo, con pleno consentimiento de los otros dos, utilizando luego el pasadizo secreto que hay entre los dos apartamientos para huir. Sobornaron a Galaván, el cual estaba en la cocina haciendo desaparecer los rastros del veneno que le había sido administrado a la víctima cuando llegó la señorita Rhantyne. Pero luego, no seguros de su silencio, le hicieron desaparecer.

—No podrá probarlo —dijo Denkins con fanfarronería.

—¿No? —exclamé burlonamente—. Tengo en mi poder el dictamen emitido por el profesor Sterling, toxicólogo de la Universidad de Stanford. Mac Ball hubiera muerto de ambas maneras, pero da la casualidad de que el cianuro que ustedes emplearon actuó más rápidamente que las balas de Lelia Rhantyne. Por tanto, es obvio que sólo se la puede acusar de lesiones, pero nunca de homicidio.

»¿No lo sabían? Obtuve un mandamiento del juez Templeton y, en secreto, hice exhumar el cadáver de Mac Ball. Extrajimos las vísceras y se las enviamos para su examen al profesor Sterling. El análisis es contundente: muerte por envenenamiento como consecuencia de la ingestión de una fuerte dosis de cianuro potásico, Mac Ball murió envenenado, no de hemorragia causada por los disparos.

Callé un segundo. Miré a los tres miserables una tras otro.

—Ustedes verán quién es el que ha de ir a la cámara de gas. Dos podrán salvarse. El tercero…

Denkins palideció horriblemente. Retrocedió un paso.

El brazo del espantado Medbury se tendió hacia él repentinamente.

—¡Fue él! —chilló, un segundo antes de que una pistola apareciera en la mano del negociante.

Brilló un fogonazo y sonó un estampido. Medbury tosió y cayó de rodillas. Apoyó las manos en el suelo, Denkins puso el cañón de su pistola sobre la cabeza del periodista. Gatilló y el cráneo se abrió con siniestro chasquido.

Entonces le solté un tiro que le atravesó el brazo. La pistola cayó al suelo.

—Al menos —dije—, quiero conservar un testigo.

Issy lanzó un rugido de ira. Sacó su estilete y levanté el brazo para lanzármelo. Le atravesé el estómago de un balazo. El italo se quedó quieto.

—Y ahora —dije, mirando hacia la ventana, un segundo antes de que ésta se abriese—, he de decirles que toda la conversación ha sido grabada por mi buen amigo el sargento Stracher. ¿Qué tal, sargento?

Los policías irrumpieron en la estancia, pistola en mano. También entró un individuo con un hediondo cigarrillo pendiente de los labios.

—Buena tarea, juez —dijo, mirándome descaradamente. Entonces comprendí quién era el que me había avisado las dos veces.

—Fue usted —dije—. ¿Cómo lo supo?

Me guiñó el ojo.

—Uno —dijo— tiene sus amistades.

—Usted era enemigo mío, Tolliver.

—Lo era del bando en que se había alistado políticamente, que no es lo mismo. Mire si no el resultado que le dieron. ¡Puah! Carroña y basura todos ellos.

Gimieron las sirenas. Los policías empezaron a llevarse a los que habían quedado vivos.

—Juez —dijo Tolliver—, ¿qué piensa hacer con esas fotografías?

Le miré fijamente a la cara.

—Ya está hecho —contesté.

Suspiró.

—Lástima. Antes de haberlas destruido, me hubiera gustado echarles un vistazo.

—A mí, no.

—Claro. Adiós, juez.

—Adiós, Tolliver.

Conclusión

Los acusados me miraron, como había ordenado el alguacil.

—Theo dore Grant, alias «Dinero», ha sido reconocido culpable de emplear su negocio con fines inmorales. Mi sentencia son seis meses de cárcel, multa de veinticinco mil dólares y expulsión de la ciudad, una vea haya cumplido la sentencia en la cárcel del condado. Su local quedará clausurado indefinidamente.

»Carlo Travino —éste era el pistolero italoamericano—, reconocido culpable de complicidad en la muerte de Jonah Merten, aunque no ejecutor directo, le impongo una condena de veinticinco años de prisión, que cumplirá en la penitenciaría de San Quintín.

»*Pack* Wallis, reconocido culpable de conspiración criminal para dar muerte a una persona, culpable asimismo de haber traicionado los secretos que estaba obligado a guardar por razón del cargo oficial que ostentó: por el primer cargo le impongo la pena de veinte años de prisión y cuatro por el segundo, que no podrá cumplir concurrentemente, sino a continuación la una de la otra, en la penitenciaría de San Quintín.

Miré al cuarto acusado. Deliberadamente, había dejado su sentencia para el final.

—Wedness Denkins, usted asesinó a Meddy Mac Ball, pero no ha podido probársele de modo satisfactorio. En cambio existen testigos que vieron disparar dos veces y, consecuentemente, matar a John Medbury, por cuyo crimen queda sentenciado a muerte, que se cumplirá en la forma y lugar prescrito por las leyes del Estado de California, en un plazo no superior a tres semanas.

Di dos golpes con el mallete sobre la mesa.

—¡Jefe Stracher, hágase cargo de los condenados! —Volví a usar el mazo—. ¡Caso concluido!

Estallaron los *flashes* y se rompió el silencio. Yo me puse en pie y traté de eludir a los periodistas.

Templeton me salió al paso.

—Magnífico, colega. Ha estado usted realmente espléndido.

Hablábamos mientras me dirigía a mi despacho, quitándome ya la toga por el camino.

—Gracias, juez Templeton. Usted es muy amable conmigo.

Norris, del Sentinel, me salió al paso con el bloc y un fotógrafo a las costillas.

—Juez Campshell —gritó, mientras el *flash* estallaba casi en mis narices—, ¿cuáles son sus planes para después?

Me eché a reír.

—Venga conmigo y lo sabrá.

Norris soltó una exclamación.

—¡Cielos, pero si va vestido de chaqué! ¡Y lleva una camelia en el ojal! ¿A dónde va usted ahora, juez?

—¿A dónde va un hombre con este indumento? —contesté.

Tiré la toga al aire y la recogió un policía. Templeton y yo salimos del Palacio de Justicia por la puerta trasera. Allí nos esperaba un coche, que nos condujo raudamente a la iglesia.

Me situé en mi puesto junto al altar. No tuve que esperar mucho.

Los compases de la marcha nupcial sonaron un par de minutos después. Más hermosa que nunca con el traje de novia, Lelia avanzó hacia mí.

Me miró un instante antes de subir las gradas del altar. Aquella mirada encerraba todo un mundo de amor. Tomé su mano. Nos arrodillamos frente al sacerdote.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.